

*Quince destinos,
catorce paradas*



Lorena Perez Nolasco

CINCO DESTINOS, CATORCE PARADAS

Lorena Pérez Nolasco

Título: Cinco destinos, catorce paradas

© Lorena Pérez Nolasco, 2017

Portada: Marien F. Sabariego

Obra registrada en Safe Creative.

Todos los derechos reservados

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual.

*A ti, que me estás leyendo.
Gracias.*

Índice

[DESTINO UNO](#) [Romántica](#)

[A TI, MI QUERIDA SOFIA](#)

[HOLA, ¿TROPEZAMOS?](#)

[UNA ROSA, UN LIBRO Y LA MAGIA DE SER ELLOS](#)

[CON ALMA, CARNE Y HUESO](#)

[DESTINO DOS](#) [Terror](#)

[EL CASO BETH](#)

[EL LIBRO](#)

[LA PESADILLA](#)

[NUNCA MÁS](#)

[EN UNA NOCHE DE HALLOWEEN](#)

[DESTINO TRES](#) [Ciencia ficción & aventuras](#)

[¿CONSEGUIRÍAS SOBREVIVIR A...?](#)

[DESTINO CUATRO](#) [Drama](#)

[ESTÁS, NO ESTÁS](#)

[AUSENCIAS](#)

[EL DÍA QUE VUELVAS](#)

[DESTINO CINCO](#) [Thriller](#)

[LAS DOS CARAS DEL ASESINO](#)

[PUEDES SEGUIRME EN:](#)

DESTINO

UNO

Romántica

A TI, MI QUERIDA SOFIA

A ti, mi querida Sofía.

Han pasado casi ocho años desde la última vez que te vi. No, miento. En realidad te he visto esta mañana. Sigues tan hermosa como siempre. Los años no han hecho más que embellecerte. He necesitado hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no presentarme ante ti, no quería que me tomaras por un loco antes de saber quién soy.

Recuerdo... recuerdo aquellos vestidos de flores que tanto te gustaba usar, siempre con zapatos de plataforma. Hoy he podido comprobar que tus gustos, con respecto a eso, no han cambiado un ápice. Recuerdo... cuanto me gustaba hacerte rabiar, y como escondías la sonrisa cuando te hacía algún comentario inapropiado al que tú debías imponer su correspondiente castigo. Y yo lo aceptaba de buen grado, porque eso suponía pasar un poco más de tiempo a tu lado. Y recuerdo, cuando todo esto comenzó a hacerse más y más intenso.

En estos ocho años no ha pasado ni un solo día en el que no ocupes mis pensamientos. Tu voz, pidiéndome que fuera más cauto en mis comentarios. Tu pelo dorado, tan sedoso al tacto, que tanto me gustaba acariciar. Tus labios, siempre con su color natural. Color melocotón lo llamaba yo, ¿recuerdas? Son tantos y tantos los recuerdos que guardo conmigo, tan vívidos. Y me parecen tan reales que aún te siento entre mis brazos... y rememoro cuando me estremecía estando yo entre los tuyos.

¿Recuerdas aquella tarde de otoño? Cuando, emocionados, hablamos de nuestros planes de futuro. Queríamos vivir en el campo, adoptar tantos perros como de sitio dispusiéramos y tener nuestro propio huerto. Querías que cultivásemos nuestras propias frutas y verduras. ¿Aún sigues siendo vegetariana? Seguro que sí. Me río recordando las muecas de disgusto que hacías al verme comer una hamburguesa de ternera, cuando me decías que lo único que salvabas de ella eran los vegetales, los que no habían tocado la salsa, claro, porque me acuerdo que no te gustaba. Debes saber que ya no como carne, quería que cuando nos volviéramos a ver, te sintieras orgullosa de mí.

Sé que la vida no nos ha tratado como merecemos pero somos nosotros, ahora, lo que debemos hacer ver al destino que se ha equivocado al separar nuestros caminos. Porque ahora, por fin, somos libres. Libres para poder hacer realidad todas aquellas ilusiones.

Pasé cuatro años de mi vida encerrado en lo que para mí, fue una cárcel. Y lo único por lo que no me tiré por uno de los grandes ventanales de aquel internado, fuiste tú. Tu recuerdo me mantuvo vivo. La esperanza. Día y noche me decía que lo primero que haría al salir sería buscarte. Y, por Dios, que lo he hecho. Llevo cuatro años buscándote, cuatro años desesperándome porque nadie podía decirme dónde estabas. Te busqué incluso ahí, en aquel lugar donde nació nuestra historia, sin desvelar mi verdadera identidad, pero nadie me dijo por qué ya no estabas. Aunque, claro, era de esperar que no mantuvieras tu puesto de trabajo.

Ahora me pregunto si destruí tu vida. Si te arrepientes de todo. Yo no me arrepiento, porque si lo hiciera sería el mayor error de mi vida. Tú y yo fuimos, el uno para el otro, nuestro mayor acto de locura y rebeldía. Locura, porque nos amamos sin importarnos nada. Rebeldía, porque el mundo jamás nos entendió. Jamás entendieron que nuestro amor trascendía a todo: a las normas, a

los prejuicios, a la sociedad. Porque, ¿qué importan los años? Desde aquel día en que nuestra historia se vio truncada, proclamé mi amor por ti a cualquiera que osara decirme que era un niño que no sabía amar. ¿Qué sabían ellos de mi amor por ti? Nada. Mis padres, dos personas que tan solo hacían vida en común por aparentar. Entre ellos ya no había amor y aun así no se lo pensaron dos veces para levantar todas las barreras que pudieron entre nosotros. Pero olvidaron que el amor de verdad no entiende de obstáculos. Y que da igual cuando años pasen, porque el tiempo, lo único que hace es fortalecer ese sentimiento. No lo destruye, como piensan esas personas que jamás han amado como lo hicimos nosotros. Supe que nunca te casaste, quizás esa ha sido la prueba irrefutable de que nuestro amor ha sobrevivido al tiempo.

Sofía yo... quiero decirte que has sido lo mejor que me ha pasado en la vida. Y sé que han pasado muchos años pero si sientes que tengo que volver a conquistarte lo haré, día tras día si es necesario. Porque quiero... quiero vivir en el campo, quiero llenar la casa de perros y quiero plantar un huerto. Pero todo esto no tendrá sentido si no es contigo con quien lo llevo a cabo.

Esta mañana te vi sonreír, hablabas con Lucy la chica que siempre te acompaña, y sonreíste. Sentí envidia de no ser yo quien te la provocara. Quiero volver a hacerlo, quiero volver a hacerte sonreír como lo hice hace ocho años. Quiero... necesito que sepas que quiero estar ahí. Quiero estar contigo, Sofía. Sé que seguirá siendo difícil, que habrá mucha gente que siga sin entendernos, pero eso ya no debe importarnos, porque ahora, ambos, somos dueños de nuestros actos y no habrá nadie que pueda volver a arrastrarme lejos de ti. Hace poco me encontré con un conocido de aquella época, le conté que mi tiempo estaba siendo empleado en buscarte. Como suponía, no pudo concebir la idea de que con veintidós años dedicara cada momento del día a encontrar a una mujer que me saca dieciocho años. Lo que él no sabía es que no eres solo una mujer, sino LA MUJER que le da sentido a todo.

La vida nos ha robado muchas horas juntos, Sofía. Nos ha robado besos, abrazos, silencios, palabras, risas, llantos. Nos ha robado el tiempo, un tiempo que no podremos recuperar, pero aún nos queda mucho más por delante y debemos aprovechar juntos el que nos quede de aquí al final de nuestros días.

He sabido de tu accidente. El que hace unos años te arrebató la movilidad de tus piernas. Me siento parte responsable, pues todo lo que ha acaecido en estos últimos ocho años ha venido desencadenado por lo vivido tiempo atrás. Pero saber que estás postrada en una silla no me hace quererte menos. Te amo, Sofía, te amo y te quiero entera, no solo tus piernas. Siento mucha hostilidad hacia todas esas personas que nos imposibilitaron ser felices. Todas aquellas personas que no supieron ver que el amor no entiende de edad, que un chico de catorce años puede amar a una mujer de treinta y dos y viceversa. No pudieron comprender eso, como también ignoraron que el hecho de que, que fueras mi profesora y yo un alumno no nos impide sentir, no nos impide amar. Quizás esté prohibido y por ello lo vivimos en secreto, siempre a escondidas, dedicándonos miradas y sonrisas furtivas, hasta llegar a ese lugar en el bosque que hicimos nuestro. Donde encontramos nuestro sitio en el mundo.

Hace unos días abordé a Lucy en la calle. Imagino que ahora la estás mirando y que ella, con una sonrisa, te insta a seguir leyendo. Sé que ella te ha estado preparando para esto, con pequeñas pinceladas de recuerdos embutidos en frases a las que en un principio sé que te costaría encontrarle sentido. Ante mi insistencia, Lucy, accedió a tomarse una taza de té conmigo. Y le conté nuestra historia. El cuándo nos conocimos. El cómo desde el primer día que te vi, con tu vestido azul cielo estampado de flores blancas, tu cabello ondulado recogido en una cola ni alta ni baja, y esa manera correcta y protocolaria de comportarte; de cómo todo aquello me desarmó

desde el día de la presentación del nuevo curso. Le conté que tú no reparaste en mí de la misma forma, tú solo veías un conjunto de chicos y chicas sin percatarte de que en ese grupo había uno que ya se había enamorado sin remedio de tu sonrisa. Le conté como, poco a poco, tu corazón fue abriéndose. Como el amor se fue instalando dentro de nosotros, preparándonos para vivir la historia de nuestras vidas. Lucy también lloró mientras yo, entre lágrimas, le contaba cómo nos habíamos alejado. Y accedió. Accedió a, poco a poco, allanarme el terreno: hablándote del amor y contándote historias sobre amores prohibidos, como lo fue el nuestro. Y accedió a entregarte esta carta. A ella, a Lucy, le doy las gracias ya que sin su ayuda, no habría podido hacer esto de igual forma.

Y a ti, mi querida Sofía, a ti te brindo de nuevo mi amor, aquel del que nunca te despojeé porque mi corazón siempre fue tuyo, aun cuando nuestras vidas se vieron obligadas a tomar caminos opuestos. Porque los grandes amores no entienden de tiempo, ni de edad; no entienden de normas, de convencionalismos, ni de tabúes. Porque los grandes amores, como el nuestro, solo entienden de una cosa: de amor, del de verdad, del que sobrevive, del que no se acaba.

A ti, mi querida Sofía te pido que, si tras leer esta carta aún me recuerdas, si todavía vive en ti ese sentimiento que nos unió, si aún piensas que vale la pena enfrentarse al mundo por nuestro amor... Si aún crees en todo eso, Sofía, mi Sofía, te pido que abras la puerta, yo aguardaré tras ella.

HOLA, ¿TROPEZAMOS?

—A ver, ¿ya estamos todos?

—Todos menos tú.

—Sonreíd.

Coloco el temporizador a la cámara y corro para situarme junto a mi familia para la foto de Navidad de todos los años. Treinta y cuatro personas entre tíos, primos y demás familiares. Aún faltan dos días para Nochebuena y estamos ultimando todos los detalles: menú final, comprar los regalos que faltan para los más pequeños, ajustarle el traje de Papa Noel a mi tío que este año ha bajado unos kilitos. Nosotros, los más mayores, hemos jugado al amigo invisible, así Papa Noel tendrá un regalo para todos a ojos de los niños. A mí me ha tocado regalarle a Andrea, la novia de mi primo. La conozco lo suficiente como para saber que con la muñequita de porcelana que le he comprado, la haré feliz. Y a mí que esas muñecas me dan repelús...

Las fotos han salido muy bien. He hecho varias tomas para asegurarme que todos estuviéramos sonriendo, con los ojos abiertos y que ningún niño salía con cara de ogro por haber interrumpido sus juegos. Hasta mi sobrino de cinco meses ha salido sonriendo. Todo un logro teniendo en cuenta el genio que se gasta el enano. Estoy delante del ordenador pasando las fotos de la cámara a un pendrive para ir corriendo a imprimirlas. Es tradición que cada año sea yo la que se encargue de tener una copia para cada casa.

El estudio fotográfico no está lejos, por lo que puedo ir andando admirando la decoración de la zona. Se respira espíritu navideño a cada paso que doy. Árboles de navidad adornando los pequeños comercios, el típico Papá Noel colgado de la ventana, luces y más luces que, a esta hora de la tarde, aún permanecen apagadas; Navidad en estado puro. En casa, cada primero de diciembre, vestimos cada estancia de esta época del año. No es que sea la loca de la Navidad pero me gusta el ambiente que se respira en estas fiestas, aunque siempre tenga ese regusto amargo por la falta de algunos familiares.

El escaparate de una tienda de velas artesanales me llama a gritos. Hay unas velas blancas con el trineo de Papá Noel recorriéndola de lado a lado de arriba abajo. Amo las velas, mi padre dice que cualquier día tendremos un disgusto de tantas que enciendo en casa. Escribo una nota mental para regresar a comprarlas mientras espero por las fotos.

Salgo del estudio tras dejar el pendrive y vuelvo sobre mis pasos camino de la tienda. Me dispongo a girar la esquina cuando algo me golpea y acabo en el suelo completamente aturdida. Tardo unos segundos en darme cuenta de que he chocado con un chaval en monopatín. La madre que lo parió. Él también ha caído al suelo pero no parece tener nada salvo el desconcierto inicial. No como yo que siento que el tobillo derecho me arde. Varias personas se arremolinan a nuestro alrededor cuando el chico, que tras observarlo más detenidamente parece tener más o menos unos veinte y pocos años como yo, se acerca a mí, diligente.

—¡Dios, lo siento! ¿Estás bien?

Estoy que hecho fuego por las orejas y le miro con ojos depredadores mientras él no puede tener más gesto de arrepentimiento en la cara. Se echa un poco hacia atrás.

—¡Wow! Eres preciosa pero tienes una mirada que acojona.

Al oír su comentario la gente a nuestro alrededor vuelve a sus cosas, mientras yo sigo sentada en el suelo con cara de pocos amigos. Él sonríe para relajar la tensión.

—¿Te das cuenta? Es como en esas películas románticas en las que el chico y la chica chocan y entonces, surge el amor —dice y se ríe.

—¿En serio? Ellas suelen estar estupendas tras la caída y no se rompen el tobillo, no sé dónde ves tú la similitud.

Agarra mi tobillo y lo toquetea provocándome más dolor y unas ganas locas de darle un puñetazo para que deje mi pie en paz.

—No está roto —anuncia.

—¿Cómo lo sabes? ¿Es que eres médico o algo así? —espeto.

—No, pero no hace falta serlo para saber si está roto —se levanta y después me ayuda a incorporarme—. Apóyate en mí.

Consigo levantarme apoyando mi peso sobre mi pierna izquierda y el chico, el cual aún no sé ni su nombre.

—Soy Daniela —le digo en cuanto llegamos a un banco donde sentarme.

—Encantado Daniela, soy Julio —dice sentándose a mi lado—. Siento que nos hayamos conocido de esta forma.

Yo sonrío. La verdad es que es bastante mono.

—Voy a llamar a una ambulancia —dice sacando su móvil del bolsillo del pantalón—. No está roto pero seguro que está torcido. Y se está hinchando.

Me echo un vistazo y compruebo que sí, mi tobillo casi ha desaparecido.

—No hace falta que llames, puedo ir en taxi a casa.

—Vas a necesitar hielo y un vendaje, ¿cómo te vas a ir a casa?

—Que sí, que yo me pongo hielo y en cuanto la inflamación remita voy a que me lo venden.

—Digo yo que el servicio de ambulancia es para las urgencias, y esto lo es, no puedes caminar.

—Está bien, llama —le digo de mala gana aunque sé que tiene razón.

Poco después llega la ambulancia y tras comprobar el estado de mi tobillo deciden llevarme al centro de salud para hacerme una radiografía.

—¿Puedo ir con ella? —oigo que pregunta Julio—. Soy su novio.

Le miro con cara de alucinada por lo que ha dicho. Asienten y le dejan subir. Uno de los técnicos de ambulancia se queda detrás con nosotros y los otros dos van a la parte de delante. Cuando el vehículo se pone en marcha, Julio se acerca a mi oído.

—Perdona, es lo único que se me ha ocurrido decir para que me dejaran venir contigo — me dice en voz baja.

—No tenías por qué hacerlo —le contesto también en un susurro.

—Por mi culpa estás aquí, ¿cómo iba a irme sin más?

Llegamos al centro de salud y traen una silla de ruedas para poder desplazarme. Me llevan hasta la sala de rayos x. Julio va a mi lado pero se para porque a partir de aquí ya no puede pasar. Veo como se sienta en una de las butacas de la sala de espera antes de desaparecer por la puerta.

Cuando me sacan de aquella sala me colocan cerca de la consulta del doctor, el cual me llamará en cuanto le hagan llegar mi radiografía, que será en breve por lo que me han dicho. Julio se ha situado a mi lado y ha escuchado las indicaciones del enfermero para que mantenga el pie en alto. Se ha colocado delante de mí y acuclillándose me levanta la pierna para mantenérmela en alto.

—¿Te duele?

—Un poco —digo mientras muevo la cabeza de lado a lado con una sonrisa adornando mi cara. Qué adorable. Podía haberse marchado en cuanto apareció la ambulancia pero decidió no solo quedarse sino acompañarme. Y qué guapo. Tiene el pelo castaño y corto y unos ojos oscuros como la noche.

—Tienes los ojos negros —le digo, observándole.

—Casi negros —replica riéndose.

—Me gustan.

—Gracias —contesta—. Los tuyos son preciosos.

—¿Los míos? Pero si son del montón —contesto aunque sé que mis ojos, siendo marrones, son muy bonitos.

—No tienen nada de común. Se te cambian a verde según te de la luz.

—¿Cómo sabes eso?

—Antes, en la calle, se te veían verdosos.

—Ah, sí, claro.

Bajo la cabeza pero vuelvo a observarle. Además de sus ojos, su boca me llama mucho la atención. Tiene los labios ligeramente gruesos, preciosos, de esos que dan muchas ganas de besar y morder. Hay que ver, en el médico y fijándome en los labios del chico guapo que tengo delante y que ahora acaricia mi pie con su pulgar. Quien me iba a decir a mí que esto me iba a pasar cuando salí de casa a imprimir las fotos.

Mierda, las fotos.

—Tengo que llamar a mi madre —le digo—. He salido a imprimir unas fotos y esto va para largo, voy a necesitar que me mande a alguien a por el resguardo para que pueda recogerlas.

—Si quieres puedo ir yo, en cuanto acabemos aquí y estés en casa iré a buscarlas, si te parece bien.

—No, no, ¿cómo vas a ir tú? Mi hermano o alguno de mis primos lo harán.

—Déjame hacer algo por ti —insiste.

—¿Por qué? No nos conocemos de nada, Julio.

—Bueno, yo diría que lo estamos haciendo.

Niego con la cabeza y sonrío. Acepto a que vaya a buscar las fotos cuando salgamos de aquí porque, a fin de cuentas, son copias de una misma foto nada comprometida.

Paso a la consulta del médico seguida por Julio que ha pedido acompañarme. Como él me había dicho, el tobillo no está roto pero tengo un esguince y voy a tener que llevar un vendaje unas dos semanas. Vaya navidades. En la zona de urgencias ambulatorias me pinchan un antiinflamatorio y cuando la hinchazón baja proceden a vendármelo.

Vuelvo a salir acompañada de nuevo por los técnicos de ambulancia que van a llevarme a casa. Julio aprovecha para pedirme el resguardo e irse directamente a buscar las fotos. Nos damos los teléfonos para poder mandar un mensaje con mi dirección y se va.

De camino a casa voy pensando en lo que me ha pasado. Me acuerdo de lo que me ha dicho Julio sobre lo que ocurre en las comedias románticas cuando dos personas chocan en la calle. Nunca me han gustado esas ñoñerías pero la cosa cambia cuando le pasa a una misma. Quién sabe si...

Llego a casa y cuando mi madre me ve, pone el grito en el cielo de los nervios hasta que le explico que solo es un esguince.

—¿Y has ido sola al ambulatorio? —me pregunta, histérica.

—Mamá, he ido en ambulancia por lo que has podido comprobar. Y no, no he ido sola.

—¿Y con quién has ido?

—A ver, tranquilidad. He tropezado con un chico que iba en monopatín —mi madre se exaspera pero no la dejo interrumpirme— Me ha acompañado en todo momento hasta que me subí a la ambulancia para volver a casa.

—Debería haberte acompañado hasta la puerta de casa.

—Mamá no soy una niña. Me ha hecho el favor de ir a buscar las fotos, así que os pido a todos —miro a las tropecientas personas que allí hay, aunque sea solo mi madre la que se atreva a hablar— que seáis amables con él.

—¿Qué pasa? ¿Es guapo? —se oye la voz de mi prima.

—¿Qué más da eso ahora?

—Es guapo, ¿eh?

—¡Oh, cállate! —le espeto a mi prima—. Mejor nos dejáis a solas cuando llegue.

Nadie más dice nada aunque por la cara de mis padres ninguno de ellos está conforme. Pasado un rato suena el timbre de casa. Mi padre se apresura a abrir y cuando lo hace oigo la voz de Julio.

—Hola —dice tras un breve segundo—. Estoy buscando a Daniela, soy...

—El chico del monopatín —le interrumpe mi padre de forma un poco brusca— menuda le has hecho.

—¡Papá! —exclamo desde el salón.

Oigo como mi padre le hace pasar. Julio llega asombrado a donde yo me encuentro. Lógico, debe de haberse encontrado con toda mi familia de camino, que seguro no irán muy lejos con tal de escuchar nuestra conversación.

—Oye, disculpa a mi padre, se ha asustado al ver que me traían en ambulancia y... —dejo la frase en el aire.

—Imagino que no ha sido el único, me he cruzado con un gran número de personas al entrar y me han dedicado unas cuantas miradas cariñosas —dice arrugando la nariz.

—Bah, ni caso, ahora mismo deben de estar partiéndose de risa por ello.

Veo que trae en la mano el sobre del estudio fotográfico. Al ver que lo miro me lo tiende.

—Gracias —le digo al coger el sobre— pero te repito que no tenías por qué hacerlo.

—No me costaba nada.

—Julio siéntate, por favor, vaya modales los míos.

—No te culparía si quisieras perderme de vista de una vez —alega tomando asiento.

—¿Quieres irte?

—No.

—Mejor, porque quiero que te quedes.

Sonreímos.

—Bueno, Daniela, ¿y a dónde ibas cuando nos hemos conocido? —remarca con comillas la palabra conocidos y me rio.

—A la tienda de velas artesanales.

Le explico mi fijación por las velas y cuánto me enamoré de aquellas que vi tras el cristal del escaparate. Julio mira a nuestro alrededor y comprueba que no le miento, que siento verdadera debilidad por las velas.

—¿Quieres quedarte a cenar?

—Me encantaría, pero creo que no le he caído muy bien a tu familia —hace una mueca.

—La mayoría solo te tomaban el pelo.

—¿Tu padre también?

—No, él si hablaba en serio —nos reímos.

Julio se levanta y se sienta a mi lado en el sillón.

—Tengo que irme pero, quería preguntarte algo antes.

Le hago un gesto con la cabeza para que hable cuando quiera.

—Bueno, en realidad no es una pregunta, es que... me gustaría seguir viéndote.

Mi sonrisa se ensancha más ante su comentario. De pronto me apetece ser un poco mala. Me pongo seria y hablo.

—Julio yo... me siento halagada pero es que no creo que... —y lo dejo ahí.

—Ah, pues...vale, bueno, no pasa nada.

Estoy aguantando como puedo las ganas de reírme. El pobre no sabe ni qué decirme. Me pongo la mano en la boca y me presiono los labios para contener un poco más las carcajadas que se avecinan, pero no puedo contener un ruidito y eso me delata porque desvía su mirada del suelo a mí.

—¿Te estás riendo? —me pregunta con el ceño fruncido y la cara ladeada.

Yo niego con la cabeza ya con las dos manos en la boca pero no aguanto más y me descojono en su cara. Él entiende que le estaba tomando el pelo y se ríe también.

—Serás...

—Perdona Julio —digo entre carcajadas—. Ay por favor, que risa.

—Qué bien te lo pasas a mi costa ¿eh?

—Pues iba a hacerte sufrir un poco más pero se me da fatal aguantarme la risa.

Segundos después consigo dejar de reírme.

—Bueno y, ¿qué me dices?

—¿Sobre qué? —hace una mueca divertida que vuelve a darme ganas de reír pero me contengo—. Es broma. A mí también me gustaría seguir viéndote.

Poco después nos despedimos y parte de mi familia vuelve para asediarme a preguntas que me niego a contestar. Solo quiero irme a mi habitación y descansar un poco antes de la cena. Parece ser que han estado hablando y han decidido trasladar la cena de Nochebuena a casa, gracias a mi esguince. Y lo agradezco porque la realidad es que con el pie vendado no me apetece moverme de aquí.

Estoy semi acostada en la cama. Enciendo la tele para ver si encuentro alguna película de esas de Navidad que ponen todos los años mientras llega la hora de cenar pero el sueño me vence.

Unos golpes en la puerta me despiertan. Es mi madre que me trae la cena en una bandeja.

—Mamá no hacía falta que me la trajeras, pensaba cenar en el comedor con ustedes.

—¿No te han dicho que mantengas reposo? —asiento porque es verdad—. Pues no hay más que hablar.

Me acerca la bandeja y antes de irse me dice que la avise para retirarla cuando termine. No me gusta que me traten como si estuviera impedida pero tengo que aguantarme si quiero que el tobillo se me cure bien y lo más rápido posible.

Tras devorar la cena y después de darme una ducha como quien hace malabares, me tomo un calmante y me acuesto a dormir. Me parece escuchar el sonido de un mensaje en mi móvil pero nuevamente el sueño no me permite abrir los ojos y me duermo profundamente.

Al día siguiente me despierta un ruido terrible en casa. Sopeso la posibilidad de que haya entrado algún ladrón y nos esté desvalijando la casa, pero resulta ser mi madre que está moviendo muebles. Ella y su manía de cambiarlo todo de sitio constantemente. Me levanto de la cama y

salgo de mi habitación a la pata coja. En cuanto mi madre me ve, niega con la cabeza.

—Daniela vuelve a tu habitación por favor, tienes que hacer reposo.

—Mamá no puedo estar todo el día tirada en la cama.

—Vale, pero no estorbes que estoy recolocando el salón para que haya más espacio para mañana.

¿Qué no estorbe me ha dicho? Si es que quien la oiga...

Me siento en un taburete de la cocina y me doy cuenta de que me he dejado el móvil en la habitación. Pongo una naranja en un plato, un cuchillo, y me voy de vuelta al cuarto. Me siento en la cama y al coger el móvil veo que tengo dos whatsapp de Julio. Uno de anoche deseándome dulces sueños y otro de esta mañana. El mensaje de hoy me hace sonreír.

“Hola, ¿tropezamos o prefieres un café?”

Le contesto.

“Eso del tropiezo suena interesante pero me decanto por el café. Con leche.”

Al instante lo lee y teclea su respuesta.

“Oído.”

Y cierra el whatsapp. Le contesto con dos signos de interrogación pero no vuelve a abrir. Pasado un rato suena el timbre de mi casa seguido de unos pasos que se dirigen a mi habitación.

—Daniela, está aquí ese chico otra vez.

—Se llama Julio, mamá. Y es mi amigo.

—Quiero la puerta abierta — me dice en respuesta.

—Que siiiii — le digo porque no me apetece discutir.

Al instante entra Julio en mi cuarto con dos cafés con leche para llevar y un par de donuts de chocolate. No me lo puedo creer.

—Buenos días. Su desayuno. —dice haciendo un gesto cortés.

—Muchas gracias, señor. ¿Cuánto le debo?

—Con una de sus sonrisas me doy por pagado, señorita.

Sonrío y le invito a sentarse. Abro la tapa de mi café y le doy un sorbo.

—Uhm, está delicioso. No tendrías que haberte molestado, Julio.

—Como no puedo invitarte a desayunar fuera, te lo traigo a casa.

—Eres muy amable.

Durante un rato no hablamos y nos dedicamos a disfrutar nuestro desayuno. Y es un silencio nada incómodo que nos resulta incluso agradable, nos decimos todo lo que hay que decir con la mirada. Me pregunto si sabrá cuanto me gusta. ¡Qué tonta! Claro que lo sabe, de la misma forma que yo sé que es recíproco.

—¿Y dónde pasaréis la Nochebuena? —me pregunta rompiendo el silencio.

—Pues en principio nos íbamos a reunir todos en casa de una de mis tías pero decidieron hacerlo aquí, ya que yo tengo que guardar reposo.

—Lo siento —señala mi pie.

—Oh no, no iba con segundas —le aclaro—. En realidad prefiero pasar el veinticuatro aquí. ¿Tú qué harás?

—Cenaré con la familia —comenta despreocupado—. Y después supongo que me iré de fiesta.

—Oh...

Claro, era de esperar, mucha gente sale en estas fiestas. Yo también lo haría si no tuviera un pie vendado.

—¿Vives muy lejos de aquí, Julio?

—Un poco, pero la mayoría del tiempo me muevo en monopatín o bicicleta, así las distancias no parecen tan largas.

—Vaya, hoy en día es difícil encontrar a un chico de... porque tú tendrás unos veinti...

—Veintiuno —vale, tiene un año más que yo.

—Pues lo que te decía, es difícil encontrar a un chico de veintiún años que no se mueva en coche.

—Tengo carnet si es lo que preguntas, pero prefiero otros medios de transporte más ecológicos.

Qué mono, por favor.

Pasamos gran parte de la mañana hablando de nosotros, contándonos mil anécdotas de nuestra vida. Los sueños que teníamos de pequeños, los que se han cumplido y los que están por cumplirse. Julio va a la universidad, como yo. Está estudiando un grado de Traducción e Interpretación mientras que yo me estoy formando para ser veterinaria. A él también le gustan los animales, tiene dos perros que ha adoptado en la perrera y tres gatos que ha recogido de la calle. Yo nunca he podido tener perros ni gatos, mi madre les tiene verdadero pánico. Ya tendré tiempo de llenar mi casa de peluditos el día que me independice.

La mañana se nos pasa deprisa sin darnos cuenta. Hacia la hora del mediodía nos despedimos y Julio se va a su casa. Le he escuchado hablar con mi madre antes de marcharse aunque no sé qué es lo que le habrá dicho. Supongo que habrá sido del agrado de mi madre si no ya habría venido a mi cuarto a decirme algo. Ya me enteraré de lo que han hablado.

El resto de día pasa sin complicaciones. Julio y yo hablamos por whatsapp aunque lo que realmente me apetece es ir a algún sitio con él, pero no puedo. El maldito esguince. Aunque siendo objetiva, si no nos hubiéramos tropezado, probablemente no nos habríamos conocido. Puede ser que este tropiezo sirva para algo.

La mañana del veinticuatro todo es un caos en casa. Todo el mundo dando voces y queriendo ayudar en la misma tarea. Parece una casa de locos. Yo me quedo en mi habitación porque estoy segura que si salgo me tirarían de algún empujón involuntario, no vamos a tentar a la suerte. Pero estoy que me subo por las paredes. La tarde anterior abandoné, durante un rato, mi agujero hobbit y salí a relacionarme con el resto de los mortales que habitan en esta humilde morada.

Hoy apenas he intercambiado varias frases con Julio. Y lo entiendo, es un día para estar en familia y disfrutar. Pero me agrada tanto su compañía. Y me gusta. Mucho.

Estamos todos sentados a la mesa cuando me llega un mensaje de Julio.

“Qué pases buena noche, Daniela. Mañana si no tienes nada que hacer, podríamos tropezarnos ;-.)”

Me río tras leer su mensaje y mientras escribo mi respuesta.

“Buenas noches, Julio. Me encantaría tropezar mañana contigo. Diviértete esta noche. Un beso.”

Le contesto y dejo el móvil a un lado porque vamos a cenar mis tropecientos familiares y yo. Hemos establecido la norma de no móviles durante la cena, y yo he sido una de las que ha apoyado la moción.

Cuando acabamos, los más pequeños esperan impacientes la llegada de Papá Noel, así que mi tío se escabulle sin ser visto para vestirse lejos de las miradas de los niños. Cuando suena el timbre de casa comienzan las risas nerviosas. Mi tía abre la puerta a su marido ataviado con la ropa de Santa Claus.

—¡Ho ho ho! Feliz Navidad, familia —dice haciendo una entrada triunfal—. Parece que aquí hay mucha gente que se ha portado bien.

—Hola, Santa Claus —habla mi padre— ¿Podemos ofrecerte algo de comer o de beber?

—Oh, no se moleste —sigue hablando mi tío poniendo voz grave—. La señora Claus me ha preparado un bocadillo para el camino y justo acabo de comérmelo.

—Hay que ver que bien te cuidan, ¿eh Santa? —le dice mi prima, su hija.

Todos nos reímos aunque los críos no entienden que pasa. Están muy nerviosos, quieren sus regalos ya.

Mi tío procede a entregar los regalos, primero a los peques. Ellos se pasean por todo el salón enseñándonos a todos lo que les ha traído Papá Noel. Cuando todos tienen su regalo, empieza a repartirnos a los grandes. A mí me ha regalado mi hermano un muñeco cabezón de The Walking Dead, me encanta esa serie y estoy haciendo la colección completa. A Andrea, la novia de mi primo, le ha encantado la muñeca que le he regalado. Me había informado con anterioridad sobre las que tenía para saber cuál comprarle.

—Bueno, parece que ya os he repartido todos los... no, parece que aún queda uno —dice mi tío metiendo la mano otra vez en el saco.

Todos nos miramos porque pensábamos que ya habían sido todos repartidos.

—Es para... —dice alargando la última a— Daniela.

—¿Para mí? —pregunto, incrédula.

Me lo acercan al sofá donde estoy sentada y lo abro. Es una caja preciosa, con motivos de Navidad. La destapo y los ojos se me abren como platos. Dentro hay dos de las velas que iba a comprarme la tarde que conocí a Julio. Miro a los presentes pero todos levantan las manos, negando con la cabeza, confirmando así, que no han sido ellos.

—Mira, aquí hay una tarjeta —señala mi madre una pequeña tarjeta que hay entre las dos velas.

Saco la nota del sobre y la leo.

“No me arrepiento de haber tropezado contigo hace dos días, porque eso me ha llevado a conocerte. Pero tenías un plan que yo estropeé. Espero que con este detalle pueda compensarte. Julio”

No.Me.Lo.Creo.. Recuerdo que le comenté que tenía intención de comprarme las velas, pero en ningún momento imaginé esto. Saltaría de alegría si no tuviera un pie vendado. Me levanto y a la pata coja voy hasta donde he dejado mi móvil. Se lo doy a mi madre y le pido que me haga una foto con las velas.

—¿Quién te las ha comprado? —me preguntan varias personas.

—Julio —comento sin dirigirme a nadie en concreto.

—¿Quién? —preguntan.

—El chico del monopatín —contesta mi madre con una sonrisa. Increíble.

—Así que eso es lo que hablabais ayer entre susurros —señalo a mi madre y esta me muestra una sonrisa culpable.

Me hace la foto y le escribo a Julio un texto al pie de la misma.

“¿Ves mi cara? Se llama felicidad. Has tenido un detallazo, ojala estuvieras aquí para poder agradecértelo en persona. Eres un amor. Mil gracias, de verdad.”

Lo envío junto con la foto y espero que lo vea que es casi en el mismo instante en que lo envío. Recibo su contestación a los pocos segundos.

“Me gusta la cara de alegría que se te ve en la foto. Pero me quedo con tu expresión en vivo

cuando has abierto el paquete.”

Leo y releo el mensaje varias veces. ¿Tu expresión en vivo cuando has abierto el paquete? De pronto Julio aparece en el salón dejándome completamente alucinada. ¿Qué hace aquí? Y otra cosa, ¿cuándo ha entrado?

Tardo unos segundos en reponerme de la sorpresa y entonces me levanto y voy hacia él caminando, otra vez, a la pata coja. Me echo encima y le abrazo con fuerza susurrándole varios “gracias” al oído.

Me separo de él con un poco de vergüenza tras el arranque que he tenido delante de toda mi familia.

—Ven, vamos fuera —le digo y él me ayuda a caminar.

Salimos de casa y nos sentamos en las escaleras uno al lado del otro.

—Ha sido todo un detalle, Julio. ¿Por qué?

—Me dijiste cuánto te gustaban y quise hacerte un poquito feliz.

—Me has hecho muy feliz —le corrijo—. ¿Y cómo es que has venido? —le pregunto sin poder dejar de sonreír—. Tú no te ibas de fiesta.

—Ahora mismo no hay ningún otro lugar donde quiera estar más que aquí, contigo.

No sé qué responder a eso, así que le abrazo y cuando me separo le beso. Pero no por gratitud sino porque es lo que he querido hacer desde hace dos tardes cuando vino a casa después de que llegara del ambulatorio. Él me corresponde y pone su mano en mi nuca haciendo que profundicemos más el beso. Un beso que habla por sí solo, que dice todas esas cosas que aún no nos hemos dicho, frases que ya no hace falta pronunciar porque están implícitas en este acercamiento. Usamos nuestros labios para demostrar y no decir, porque no hay nada que diga más que un hecho en el cual no hay palabras. Nos separamos para coger aire y volvemos a besarnos. Sus labios son cálidos y siento la tentación de morderlos. Y lo hago. Nos separamos un instante y sonreímos.

—Me alegro de haber tropezado contigo —me susurra cogiendo mi cara entre sus manos.

—Yo también me alegro —murmuro a mi vez—. Vaya navidades ¿eh?

—Sí, vaya navidades.

Y volvemos a unir nuestros labios. ¿Quién dice que los milagros de Navidad no existen?

UNA ROSA, UN LIBRO Y LA MAGIA DE SER ELLOS

—¿Nos cuentas un cuento, abuela?

—¿Un cuento? Claro, ¿elegid vosotros?

—Cuéntanos otra vez la historia de cómo conociste al abuelo.

Me siento como una espía en mi propia casa, pero es que me encanta escuchar a mi madre contándole esa historia a mis hijos. Ellos disfrutaban mucho escuchándola. Y yo también, aunque me la sé de memoria.

<<Corría el año 2017. Mi madre era y es una fanática de los libros. La palabra escrita ha sido siempre su gran pasión, al igual que siempre lo ha sido para mí.

La ciudad estaba en pleno apogeo. La festividad de Sant Jordi era algo que ella esperaba con ansia. Cada año acudía cargada de libros y regresaba a la que era su casa en aquel entonces con todos ellos firmados por sus creadores. Ese año llevaba además una maleta pequeña con ruedas, de las de viaje, llena de libros.

Siempre iba sola, a sus amigas no les gustaba leer. A ella no le importaba ir sola, disfrutaba tanto que le daba igual no tener con quien compartirlo.

No había llegado todavía, pero se paró un minuto a contestar un mensaje de su móvil y cuando echó mano hacia atrás para coger el asa de la maleta, esta había desaparecido.

Asustada, recorrió con la vista el lugar, pensando que con un poco de suerte podría ver a quien le había robado su más preciado tesoro. Pero no consiguió ver nada y eso la frustró. Odiaba llorar en público pero la situación la sobrepasó. Se sentó en un banco mientras las lágrimas rodaban por su cara y ella no hacía ningún intento por contenerlas. Al poco, notó que alguien se sentaba a su lado por lo que ladeó la cabeza para que no viera sus lágrimas.

—¿Estás bien? —le preguntó un desconocido con una voz que desde ese momento le pareció increíblemente sensual.

Lo miró sin contestar.

—¿Puedo ayudarte en algo? —volvió a hablar el chico de la increíble voz.

—Me han robado —consiguió decir mi madre—. Me han robado mis libros.

—¿Unos libros? Mujer no es tan grave. Te compras otros y listo.

—¿Qué no es tan grave? —dijo ofendida—. Los libros son mi pasión. Es cierto que puedo sustituirlos por otros pero eran míos. ¿Debo no darle importancia al hecho de que me hayan robado solo porque puedo "comprar otros y listo"?

—Oye, perdona. No hace falta que te pongas así.

Eso la enfadó aún más.

—Juzgas mi reacción de exagerada y ¿encima parece que el ofendido eres tú?

—Yo no te he llamado exagerada.

—Que no hayas usado esa palabra no significa que no lo hayas insinuado.

—Bueno vale, perdona. Te he visto llorar y solo quería saber si estabas bien.

—¿Por qué? —preguntó aunque en su tono de voz se evidenciaba que seguía estando cabreada.

—Pues porque las personas nos ayudamos las unas a las otras. Y si ves a alguien llorar, es que algo no marcha como debiera.

—Pues gracias por tu ayuda —comentó de malas maneras.

—Aún no te he ayudado en nada.

—Por el ofrecimiento entonces.

—Que yo recuerde tampoco me he ofrecido.

—¡Pues gracias por nada! ¿Te parece bien así?

Como respuesta a su salida de tono él se rio. Y se rio con ganas. A carcajada limpia. Mi madre no sabía si calzarle una hostia o dejarle solo y que le tomaran por loco por reírse solo como un desequilibrado. Pero se quedó allí. Nunca supo muy bien por qué pero todos los días da gracias por haberlo hecho.

—Podrías decirme qué es lo que te resulta tan divertido. Así nos reímos los dos.

—No parece tener mucho sentido del humor.

—Ohh perdóneme usted porque el hecho de que me hayan robado me haya quitado el puñetero sentido del humor.

—Venga vamos —dijo levantándose—. Daremos una vuelta a ver si vemos al chorizo que te ha robado y si no, pues te acompañaré a la comisaría para que formules una denuncia.

—Vamos a ver, guapito de cara... ¿te he pedido ayuda? ¿Lo he hecho? —dijo gesticulando exageradamente con las manos.

—Me estoy ofreciendo, guapita de cara. Además cuatro ojos ven más que dos.

—Tranquilo, seguro que puedo encontrar otro par que me ayude.

—Deberías intentar al menos ser un poquito más amable con alguien que intenta ayudarte.

—Con alguien que intenta ayudarme pero que no cree que mi pérdida sea como para montar este cirio.

—Dios —dijo y suspiró—. ¿Siempre eres así? Compadezco al pobre chico que tenga que aguantar tus neuras.

—No me conoces como para decir algo así. Además no tengo novio.

—No sé por qué no me sorprende.

—Y la borde soy yo.

—A ver. Tiempo —colocó las manos en señal de "tiempo muerto"—. Empecemos de nuevo, me llamo Abraham.

—¿Es esto necesario?

—Sí. Por favor.

—Melissa —contestó ella de mala gana.

—Encantado, Melissa. Siento mucho que te hayan robado algo que para ti es muy importante. Déjame que te ayude a intentar dar con el ladrón.

Al final mi madre claudicó y dejó que Abraham la acompañara a dar una vuelta por la zona. Caminaron durante un buen rato pero ni rastro de la maleta. Cuando ya se daban por vencidos, un asa negro saliendo de un contenedor de basura a medio cerrar llamó la atención de Abraham. Se acercó y abrió la tapa del contenedor.

—¡Es mi maleta! —exclamó mi madre.

Ella pensó en ese momento que el hecho de que se la hayan encontrado en un contenedor haría que él se creciese y se reiterara en que no era una gran pérdida. Sacaron la maleta de la basura, estaba cerrada. Mi madre la abrió y suspiró aliviada.

—Están todos —declaró.

—Seguro que el ladrón pensó que encontraría dinero o algo por el estilo. Me alegra que hayas recuperado lo que es tuyo. Adiós, Melissa.

Dio media vuelta con la intención de irse.

—Oye, Abraham —le llamó mi madre y él se dio la vuelta—. Gracias por... y perdona por...

—Estamos en paz —dijo él.

—¡No! Yo no he hecho nada por ti, ¿cómo vamos a estar en paz?

—¿Y qué quieres hacer?

—Puedo invitarte a tomar algo. ¿Aceptas?

Abraham sonrió y afirmó con la cabeza al tiempo que contestaba:

—Acepto.

Entraron en una cafetería y pidieron un café con leche cada uno. Era temprano así que a esa hora el cuerpo les pedía un desayuno.

—Perdona por lo de antes. Me puse nerviosa.

—Perdóname tú a mí, Melissa. No debí dar por sentado que no era importante —ambos sonrieron—. Sé que no nos conocemos pero cuando te vi llorar tuve que acercarme.

—¿Por qué?

—Pues porque...bueno quizás no tenga una razón... solo quería que esos preciosos ojos dejaran de llorar.

—¿Estás ligando conmigo, Abraham?

—Depende.

—¿De qué?

—De si la idea de que esté ligando contigo te parece tan atractiva como a mí.

Mi madre sonrió porque, después de todo, el día había dado un giro importante y, aunque ella no lo supiera en ese momento, ese encuentro cambiaría del todo y para siempre sus vidas.

—Bueno, no sé si te parecerá un buen plan o si... o si tienes algo que hacer después de este café pero ¿te gustaría visitar conmigo la feria del libro? Podríamos pasear y hablar, aunque si no te apetece entenderé que...

—Me encantaría —dijo él interrumpiendo su verborrea.

Terminaron sus cafés entre risas y miradas y pusieron rumbo al lugar donde se reunían algunos de los escritores favoritos de mi madre.

Además de las casetas donde los lectores hacían cola, había puestos de flores donde se vendían las características rosas rojas. Mientras mi madre aguardaba en la cola para que le firmaran el primero de los libros del día, Abraham se ausentó y cuando volvió lo hizo con una rosa roja en la mano perfectamente envuelta y preparada.

—Feliz día del libro, Melissa.

Mi madre la cogió alucinada pues no esperaba algo así y menos de alguien a quien acababa de conocer ese mismo día.

—Gracias —sonrió— ¿Puedes sujetarla un momento y vigilar mi maleta? Va a llegar mi turno.

A mi madre se le había ocurrido una idea cuando él había aparecido con la rosa y cuando le llegó el turno con su escritora favorita, además de firmarle uno de sus libros, adquirió otro para regalárselo a él, también firmado por ella.

Se sentaron en un banco a descansar pues, después de mucho rato de pie haciendo cola para la firma de Elisabet Benavent, tenían los pies reventados.

—Toma —le dijo mi madre tendiéndole el libro—. Feliz día del libro, Abraham.

—¿Me has comprado un libro?

—Y firmado.

Abraham lo cogió y lo abrió justo donde la escritora favorita de mi madre había escrito unas

palabras dirigidas a él.

"Para Abraham, gracias por darle una oportunidad a Héctor y Sofía. Espero que la magia esté tan presente en tu vida como lo está en la de ellos."

Él sonrió cuando terminó de leer la dedicatoria.

—No tienes que leerlo si no quieres.

—Lo leeré pero solo si lo hacemos juntos.

—¿En serio? Será un placer volver a leerlo y más en compañía —comentó entusiasmada—. Son dos libros, el que te he regalado es el primero. Y este es el segundo.

—La magia de ser nosotros —dijo leyendo el título del libro que mi madre le mostraba—. ¿Sabes? Esa escritora tiene razón. Estoy seguro de que a partir de hoy la magia estará presente en mi vida.>>

Aquel veintitrés de Abril mi madre conoció a mi padre. Él le regaló una rosa y ella un libro que a día de hoy Abraham, mi padre, sigue guardando como su más preciado tesoro. La rosa fue disecada y guardada entre las páginas del libro pero en el ejemplar que mi madre tenía del mismo.

Escucho a mi madre relatarle a mis hijos los últimos retazos de su historia. Ellos la miran embobados hasta que llega a su fin. La historia de cómo mi madre conoció a mi padre es la favorita de mis hijos, Lucas y Joanna. Y es que, como Héctor y Sofía, pero de diferente manera, mis padres también han sentido y sienten, la magia de ser ellos.

CON ALMA, CARNE Y HUESO

Va a comenzar de nuevo la época estival. Solo hace un año que ocurrió pero, esta fecha me temo que siempre me recordará a él.

Cuando todo comenzó lo primero que pensé fue que estaba mal. No sé si de verdad lo estaba o solo deseaba poner límites a lo que sentimos. Desde luego que aún no comprendo cómo nuestra historia llegó a ese punto. Cómo en cuestión de unos meses, en unas vacaciones de verano, mi vida dio un giro tan imprevisto.

Mi ocupación como diseñadora de páginas web me permitía llevarme el trabajo a casa, así que no le di muchas vueltas. Pero se suponía que habíamos venido para ahorrarle a mis hijos, Hanna y Bruno, el tener que pasar el divorcio de sus padres encerrados en las mismas cuatro paredes entre las que viven todo el año. Quería que se distrajeran, al menos, durante el verano. Ya tendrían tiempo de darse cuenta del cambio tan brusco que supone para una familia, el divorcio de unos padres.

Pero quién me iba a decir que acabaría envuelta en algo así. Quién podría haber predicho que sería yo quien encontraría una vía de escape en un chico de tan solo diecinueve años. Un chico que además era amigo de mi hija. Fue ella quien lo trajo a la que durante los meses de verano sería nuestra casa, al igual que a otros chicos y chicas de la zona, a una fiesta en la piscina. A Hanna se le daba bien hacer amigos, aun así dar una fiesta era el acontecimiento social perfecto para darse a conocer mejor en el lugar.

No tendría por qué cruzarme con ellos pero, a medianoche, me dio sed. Y a él también.

Ya he dicho que estábamos en verano y que no tendría que haberme encontrado con uno de ellos en la cocina, pero hacía calor así que, qué más podría haber llevado encima que un camisón fresquito y una bata corta sin anudar. Y ¿qué hace un chico cuando se encuentra de frente con la madre de su amiga cuando va por agua a la cocina y así vestida? Este chico en concreto, escupir todo el agua que estaba bebiendo.

—Mierda —murmuró mirando al suelo que había llenado de agua—. Lo siento. Yo estaba... y usted...

Eché mano a la bata y me la cerré cuando noté sus ojos fijos en mis pechos.

—No pasa nada. Vuelve con ellos.

Cogí una servilleta para secar el suelo pero él no se movió cuando me agaché, por lo que mi cara quedó a la altura de su bañador. Y ¿qué hace una mujer de cuarenta y un años, sexualmente activa pero que no echa una cana al aire desde mucho antes de empezar los trámites de divorcio, meses atrás?

—¿Podrías correrte a un lado? —pues usar la palabra incorrecta. Y por si fuera poco—. Lo has mojado todo.

No me pasó desapercibida la sonrisa que asomó a sus labios. Unos labios ni finos ni gruesos que pude ver con mayor claridad y de frente cuando se agachó delante de mí.

—Deje que la ayude —dijo en un susurro—. No debería ser usted quien se agache a limpiar lo que yo he mojado.

Tampoco me pasó por alto el doble sentido de su frase. ¿De verdad estaba ligando conmigo un

crío que, para más señas, era amigo de mi hija? Había que pararlo en ese momento. Pero no fuimos nosotros quienes lo hicimos.

—¿Mamá?

Hanna había abierto la puerta y la cara con la nos miró dejó claro que no nos encontrábamos en la mejor de las situaciones. Él se levantó antes de que yo pudiera reaccionar y explicarle a mi hija que lo que estaba viendo no era en absoluto lo que parecía. O sí.

—He derramado un poco de agua en el suelo. Tu madre me estaba ayudando a secarlo.

—No pasa nada —dije levantándome y recuperando la compostura—. Ya está seco. Volved fuera.

Él me dedicó una sonrisa de esas que dicen más que las palabras, antes de cerrar la puerta tras de sí.

Esa noche bauticé lo que había pasado como un acontecimiento aislado pese a que acudí varias veces a la ventana de mi habitación, que daba a la piscina.

Al día siguiente tuve una charla con Hanna sobre lo limpia que tenía que quedar el área de la piscina si quería salir aquella tarde. Así que en cuanto terminó y tanto ella como su hermano se fueron, salí a disfrutar un poco del sol.

El timbre sonó cuando llevaba casi una hora bajo el astro rey después de un baño que me supo a gloria bendita. Me cubrí con un vestido corto de red, blanco, de manga larga y salí a abrir la puerta. En cuanto le vi supe a qué había venido. Su mirada, recorriendo mi cuerpo de norte a sur, me lo confirmó. Aún así...

—Si has venido a ver a Hanna, está en la playa.

—No he venido a ver a Hanna.

—Bruno también está en...

—Tampoco he venido a verle a él.

—Pues entonces deberías irte.

—¿De verdad quieres que me vaya?

—Márchate, por favor.

Fue lo último que dije antes de cerrarle la puerta en la cara. Me apoyé en la pared al lado de la puerta frente al espejo de cuerpo entero que había en la entrada.

—Joder Thelma —dije a mi reflejo—. Es un crío.

Sí. Un crío con un cuerpo en el que me perdería hasta que no tuviera más remedio que volver. Un crío que anoche, en un sueño, me poseyó sobre la encimera de la cocina, porque nadie nos interrumpía. Un crío que, no debo olvidar que es un año mayor que Hanna y dos años mayor que Bruno. Un crío que, por su edad y la mía, podría ser mi hijo. Solo que no lo es.

—Si Hanna no hubiera aparecido anoche te habría besado. Aunque después me hubieras abofeteado por haberme atrevido a hacerlo.

No me sorprendió escuchar su voz a través de la puerta. Yo sé que me habría besado, pero también sé que si Hanna no hubiera entrado por esa puerta, le habría devuelto el beso. Y tenía que pararlo.

Abrí la puerta y alce la mano para dejarle claro que no era una invitación.

—La próxima vez que lllames a esta puerta, que sea porque vienes a ver a alguno de mis hijos.

Mi reacción le sorprendió porque abrió mucho los ojos. Dio dos pasos hacia atrás sin dejar de mirarme, desconcertado. Supongo que pensaba que le abriría la puerta y me lanzaría a sus brazos desesperada por saber cómo me haría disfrutar un chico veintidós años menor que yo. Pero el caso es que tenía dos hijos que podían llegar en cualquier momento y no quería que vieran ningún

tipo de escena.

—Está bien —fueron sus palabras antes de marcharse.

Ese día, más tarde, cuando Hanna y Bruno llegaron a casa y se ducharon, mientras cenábamos y mi hija me contaba cómo le había ido el día, yo no dejaba de pensar en él, en el chico que había echado de la puerta de mi casa.

—¿Ha pasado Darío por aquí hoy?

—¿Quién? —le pregunté a mi hija.

—Darío. Te encontraste con él anoche en la cocina.

Que Hanna lo mencionara después de lo que había pasado me puso nerviosa.

—¿Y qué iba a hacer él aquí?

Mi hija me mira con el sándwich a medio comer.

—Pues... preguntar por mí, mamá —respondió como si cualquier otra opción fuera ridícula.

—Ah, ya. Claro.

—Ayer quedamos en ir todos a la playa pero no ha aparecido. Pensé que, a lo mejor, habría pasado por aquí.

—Pues no no, no ha venido.

Pasaron varios días sin que apareciera por allí. Y me relajé. Pensé que por fin había entendido que entre nosotros no iba a pasar nada. Hasta que un día sonó el timbre. Cuando abrí, Darío estaba tras la puerta, vestido con ropa de deporte negra y verde. El pelo mojado como si se acabara de duchar.

—¿Tú otra vez?

Sé que mi tono no era nada amistoso, de hecho sonaba muy borde. Creía que si le hablaba así dejaría de insistir aunque al parecer no estaba dando resultado.

—Darío, tienes que entender que no podemos...

—He venido a ver a Hanna —me corta.

—¿A Hanna? Ya. Claro.

Asintió con los ojos muy abiertos mientras yo hablaba. En ese momento no entendía por qué me molestaba tanto que estuviera ahí con la intención de ver a mi hija, si yo misma le había dejado claro que si no era para verlos a ellos, no llamara a mi puerta. Pero el hecho es que me molestó y él se había dado cuenta de ello.

—¡Hanna, te buscan! —exclamé sin dejar de mirarlo.

Ella acudió rauda, como cada vez que alguien iba a buscarla a casa.

—¿Quién es? —preguntó a medida que llegaba—. Ah, hola Darío. Pasa.

Enseguida me di cuenta de que la intención de mi hija era ir a su cuarto. Y reconozco que la única razón por la que actué así fue porque era él.

—A tu cuarto no. Poneos en el salón.

—¡Mamá! No vamos a hacer nada.

—Ya me has oído, Hanna.

Quería actuar como la madre que vigila a su hija porque no quiere abrir una puerta y encontrarse con una escena que ninguna madre querría ver. Pero la verdad es que si cogí el portátil y me senté en aquella hamaca en la terraza fue porque desde allí, tenía una panorámica perfecta de Darío. Él, de tanto en tanto, dirigía sus ojos hacia donde yo me encontraba. Y comenzaron las sonrisas furtivas. Sin quererlo habíamos iniciado un juego peligroso del que podríamos salir escaldados. Yo más que él. Pero ¿lo paré? No. Dejé que continuara y las sonrisas cada vez que nos pillábamos mirando dio paso a que aprovechara una visita de mi hija al cuarto

de baño, para acercarse a mí.

—Explícame algo. ¿Qué es lo que más te molesta? ¿Qué haya venido a ver a Hanna o que finja que he venido a ver a Hanna?

—No utilices a mi hija, Darío.

—Ella y yo solo somos amigos y lo sabe. Además tu misma lo dijiste: no llames a mi puerta si no es porque vienes a ver a alguno de mis hijos. Y eso hago.

—Deberías volver al salón.

—¿Sabes por qué creo que me echas de tu lado? —dijo acercándose más y colocándose justo detrás de mí, con la boca a la altura de mi oído—. Porque cada vez te cuesta más controlarte y llegará un momento en el que me digas que sí, Thelma.

Que pronunciara mi nombre en un susurro fue el detonante. No me importaron un pimiento las circunstancias ni que mi hija estuviera a punto de volver al salón. Me levanté colocándome delante de él, que se enderezó para quedar a mi altura, con la boca muy cerca de la mía.

En su cara no pudo disimular la sorpresa. A fin de cuentas, no las tenía todas consigo. Le empujé hacia atrás desde donde Hanna no nos viera cuando regresara al salón. Se lamió los labios sin dejar de mirar los míos.

—Va a volver —susurró.

—Calla —susurré yo también.

Pero cuando mis labios estaban a punto de rozar los suyos...

—¿Darío?

Nos quedamos quietos, aguantando hasta la respiración.

—No contestes —murmuré intentando besarme pero no le dejé.

—Joder —me quejé—. Aparta.

Escuché como chasqueó la lengua contra el paladar en cuanto puse distancia entre nosotros. Me senté en la hamaca y contesté:

—Está aquí, hija.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó atravesando la puerta que daba a la terraza.

Recé para que para Hanna no fuera demasiado evidente lo que había estado a punto de pasar, como lo era para nosotros.

—Estaba hablando con tu madre —contestó—. Le estaba diciendo que tú y yo solo somos amigos. Que es normal que se preocupe, eres su hija. Pero que puede estarse tranquila.

—No lo intentes más, Darío. No lo va a entender.

Y coló. Pensaba que mi hija notaría la tensión que había quedado en el ambiente pero Darío había resultado ser de lo más convincente para ella.

Aquel día supe que la línea que había trazado entre nosotros se estaba difuminando rápidamente. Había estado a punto, muy cerca de caer en la tentación que me suponía Darío. Si Hanna no hubiera aparecido le habría besado y eso solo habría sido el principio de algo que se alargaría en el tiempo porque dudaba que las ganas de él se me apagarán con un simple beso.

Lo tenía claro. Darío me gustaba. Y me gustaba como no debería gustarme un chico que nació un año antes de que me convirtiera en madre. No podía pasar nada. Podría perder el respeto de mis hijos si llegara a suceder algo y se enteraran.

Hablé con Hanna y Bruno y les dije que a partir de ese momento verían a sus amigos fuera de la casa, que necesitaba concentrarme en el trabajo sin tener a ningún otro adolescente que no fueran ellos, pululando por allí.

Pero, otra vez, el destino jugaba en mi contra. Un chico de la zona organizó una fiesta para unos

pocos amigos y ofreció su casa a todo el que quisiera pernoctar allí. Así que mis hijos pasarían la noche fuera y yo estaría sola en casa. Podría haber sido una noche tranquila si no fuera porque Darío conocía sus planes.

Supe que vendría antes de que llamara a mi puerta. Así como supe que desde que pusiera un pie dentro no habría palabras. Y no las hubo.

Entró cerrando la puerta tras de sí sin miramientos y devoró mis labios con la misma avidez que yo devoré los suyos. No intenté contenerme porque ¿de qué serviría? Por mucho que me lo negara, yo también lo deseaba.

Así que desconecté. Decidí no pensar y centrar mis pensamientos en lo que estaba pasando y no sentir más que sus labios y sus manos por todo mi cuerpo. Mis oídos no registraban más sonido que el de nuestra respiración agitada y la letra de "Aire" de David Otero, que sonaba en la radio que tenía encendida; letra que él me había dedicado en cuanto la canción empezó a sonar.

—Que se detenga el mundo si te encuentro sola, busquemos la manera de parar las horas.

No le puso ritmo a esa estrofa de la canción. Solo la recitó como un verso en mi oído. Y la hicimos nuestra. Dos frases que encerraban en sus letras el momento que estábamos viviendo y nuestro deseo de eternizarlo.

No fue eterno, había un límite establecido. La mañana llegaría y con ella Darío tendría que marcharse. Pero hasta que amaneció tuvimos muchas horas por delante. Horas que se llenaron de besos, caricias, gemidos y choques de cuerpos cuyas mentes no pensaban, solo sentían, y sentían bien. Porque si estaba mal lo que estábamos haciendo ya lo pensaría al día siguiente, en ese momento no quería ser Thelma la madre, ni la ex esposa. Solo quería ser Thelma la mujer a la que un chico de diecinueve años había llevado de vuelta a su juventud.

Después de ese primer encuentro hubo muchos otros. Cualquier lugar no era bueno para demostrarnos lo que nos hacíamos sentir con una sonrisa pero siempre lográbamos encontrar el momento y el espacio, cuanto más diminuto mejor.

Hubo situaciones en las que nos dejamos llevar, olvidando por completo que teníamos que escondernos como fugitivos para disfrutar nuestro botín. Pero nunca nos pillaron. Supongo que fue suerte o el destino quiso regalarnos algo que nos hizo sentir muy vivos. A veces podemos permitirnos ser un poquito inconscientes y dejar que la emoción desborde nuestras vidas, que nos haga presos.

—Te quiero, Thelma —me confesó no hace mucho.

—El mundo no está preparado aún para algo así. Estas cosas siguen estando mal vistas.

—Hay cosas mucho peores en la vida, Thelma. ¿Por qué tiene que convertirse una historia de amor en algo que ocultar solo porque no respondemos a los convencionalismos sociales?

—Jamás lo entenderían, Darío.

—Hablas de tus hijos.

—Sí, principalmente.

Dejamos ahí la conversación porque no quería que una declaración de amor e intenciones nos dejara un regusto amargo en ese momento.

Pasaron muchos días después de aquello. Y muchas noches en la que lo metía en casa y en mi cuarto cuando mis hijos se habían dormido. Tenía miedo de que en algún momento nos descubrieran pero él también me hacía sentir lo mismo. Le quería. Darío era esa parte fundamental de mi vida que se había quedado en un punto de hibernación cuando mi matrimonio naufragó. Él la había despertado, la había hecho volver con más fuerza y ganas.

Cuando solo quedaba un mes para poner fin a aquellas vacaciones de verano, decidimos hacer algo un poco loco. Una noche cogí una manta y salí de casa sin hacer ningún ruido que pudiera despertar a Hanna y Bruno. Al llegar a la playa, Darío ya me esperaba. No era la noche más estrellada pero lo que la hacía especial éramos nosotros, el resto no era más que un decorado que ambientaba la velada. Como la música que suena de fondo durante una cena donde no importa más que a quién tienes delante.

—Estar contigo es como volver a mi juventud habiendo experimentado mil cosas y a la vez, sintiendo que la vida me debe aún muchas más formas de vivirla —le dije cuando nos tumbamos boca arriba en la manta que previamente habíamos extendido en la arena.

—Eso es bueno, ¿no?

—Sí, Darío. Es muy bueno.

Me asustaba. Me asustaba sentir que estaba en el lugar correcto y con la persona que el momento indicaba, a sabiendas de que si algo de lo que hacíamos salía a la luz, nos iba a traer más problemas que posibles soluciones.

Hicimos el amor esa noche, sobre la manta en la arena, en el agua y otra vez en la arena.

Los días seguían avanzando más deprisa de lo que nos hubiera gustado. Y cuando me quedaban solo tres noches por habitar aquella casita en la playa que tantos momentos buenos me había regalado, tocó volver a poner los pies en la tierra.

—Darío...

—Sé lo que vas a decirme. Así que no lo hagas, por favor.

—No hablar de ello no hará que desaparezca.

—No, pero no quiero escucharte decir que serás tú la que desaparecerás de mi vida en dos días.

—Sabíamos que este día llegaría.

—No quiero despedirme.

—No tenemos por qué hacerlo. No en este momento.

Era una idea que, a priori, nos dejaría al menos un buen recuerdo, aunque el resultado no variaría lo más mínimo. Por mucho que quisiéramos que lo nuestro fuera una de esas historias sin final, necesitábamos volver a nuestras vidas.

Así que la noche anterior a mi vuelta a casa, tras pasar la tarde juntos despidiéndonos sin tener que hacerlo, me senté en el escritorio que había en mi habitación y comencé a escribir.

Eché un último vistazo a la casa antes de salir. En poco más de tres meses esas cuatro paredes habían sido mi refugio. Mío y suyo.

Esa mañana había salido temprano para ver si Darío ya se había llevado mi carta y comprobar que él había dejado la suya. Quedamos en esconderla bajo la alfombra de la puerta de entrada, ahí no la verían mis hijos. Yo había dejado la mía la noche anterior en cuanto terminé de escribirla.

Tenía su carta en mis manos. Hanna y Bruno habían ido a despedirse de esos nuevos amigos que habían hecho en este tiempo, así que me senté en aquella cocina donde nos habíamos visto por vez primera y abrí el sobre que contenía lo relatado por él.

Thelma;

No sé por dónde empezar. He pensado que debería hacer un barrido de lo que hemos vivido comenzando por la primera vez que nos vimos, la noche de la fiesta en la piscina. Pero la he

descartado.

Son tantas las cosas que querría decir mirándote a los ojos. Pero te he dado mi palabra, lo haremos de esta forma.

Te quiero, Thelma. Creo que te lo he dicho tantas veces desde que supe lo que significaba esa presión en el pecho cada vez que te veía, que quizás esas dos palabras han perdido un poco su valor. Quiero pensar que no. Quiero pensar que cuando las leas sentirás el mismo hormigueo que siento yo en la boca del estómago al escribirlo.

Me he enamorado de ti. No pienso en cómo pudo pasar porque solo, mírate, eres hermosa. Pero no fue solo tu apariencia física la que me hizo volverme loco por ti. Ha sido todo, el conjunto de las situaciones vividas hasta cuando te negabas que entre nosotros estaba pasando algo, antes de que nada pasara.

Sé que no hace ni veinticuatro horas que nos hemos visto. Pienso qué sucederá cuando de verdad me dé cuenta de que no volveremos a vernos. Es una sensación extraña estar despidiéndome de alguien a quien desearía tener entre mis brazos cada momento del día.

Has dicho que debemos volver a nuestras vidas y lo entiendo, pero ya no soy el mismo, Thelma. Después de ti, todo es distinto. Saber que el adiós llegaría no lo hace menos doloroso. "Porque tú eres como el mar, yo soy el aire", eso dice David Otero en su canción y tiene razón. Porque estoy seguro que esas letras han sido escritas para nosotros, para que en su momento todo tuviera sentido y en un día como hoy nos enseñara que todo lo que nos canta, lo hemos vivido juntos. Eres como el mar, Thelma. El mar que veo y veré cada día y que me traerá a la memoria el recuerdo de tus besos aquella noche. Un mar que me recordará a ti y todos esos momentos en los que nos sentimos muy nuestros.

Te llevas un pedacito de mí, mi amor. Yo me quedo algo de ti además de la foto que nos hicimos anoche y que ambos prometimos borrar. Yo no lo he hecho y estoy seguro de que tú tampoco.

Sé feliz, Thelma. Sé feliz porque te lo mereces pero te pido, por favor, que no me olvides. Recuérdame con cariño. Yo te juro que jamás te olvidaré, jamás dejaré de quererte porque un amor como el nuestro no se olvida ni se quiere olvidar.

Espero que encuentres a alguien que te dé todo el amor que te mereces, más del que yo te daría si es que es posible. Y quiero que encuentres a alguien porque no quiero que pases tus días sola a no ser que ese sea tu deseo. Nunca dijimos nada sobre eso porque no quería saber si dentro de tus planes se encontraba la posibilidad de conocer a otra persona. No he querido saberlo aunque sé que es muy probable porque como nos pasó a nosotros, el amor llega sin ser reclamado.

Ahora me despediré de ti. Gracias por aparecer en mi vida, Thelma. Gracias por regalarme el mejor verano de mi existencia. Intentaré recordar el sabor de tus besos, el tacto de mis manos en tu piel, el olor de tu pelo oscuro y el sonido de tu voz sobre mis labios.

Adiós, Thelma. Espero que la vida te trate como te mereces y lo que te mereces es ser todo lo feliz que alguien pueda ser en la vida.

Te quiero. Sé feliz, mi amor. Por ti, por mí, por nosotros.

Doblé la carta, la metí de nuevo en el sobre y la guardé en mi bolso. Recé porque mis hijos no se dieran cuenta de que había estado llorando. Encontraría un lugar en casa donde esa carta no pudiera ser vista ni leía por nadie más que por mí. Saqué el móvil y miré nuestra foto. Tenía razón, no la borré y no tenía intención de hacerlo. No hasta que tuviera tantas copias de ella como para

que nunca desapareciera. Y las tengo. En un cajón y bajo llave de donde las rescato de vez en cuando para no olvidar su sonrisa.

Después de leer su carta deseé con todas mis fuerzas saber qué sintió al leer la mía, pero supongo que eso es algo que solo él y yo sabremos. Y yo sé que se sintió triste pero a la vez feliz de haber tenido la oportunidad de haber pasado un verano, como poco, inolvidable. Y lo sé porque, yo me sentí exactamente igual. Y es lo que tienen los amores especiales y únicos, están en sintonía, aunque sus vidas nunca vuelvan a cruzarse.

Darío

La carta de Thelma me quemaba en las manos. No quería pararme en cualquier rincón a leerla. Tampoco quería hacerlo en mi habitación. Necesitaba un lugar que hubiéramos hecho nuestro. No encontré otro que frente al mar donde hicimos el amor y que, para mí, era más que agua y sal. Era ella.

Me senté en la arena importándome una mierda ensuciarme la ropa. Saqué el papel del sobre, respiré hondo y comencé a leer.

Darío;

Espero no estar equivocándome y arrepintiéndome toda la vida por haber decidido despedirnos de esta forma. Aunque sigo creyendo que lo mejor fue no empañar nuestro último momento juntos con un adiós. Es mejor así.

Darío, estos meses contigo han sido un regalo. Has conseguido que me ilusionara, que sintiera la emoción que da conocer y comenzar algo nuevo. Conocerte a ti, es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

No se me dan bien las despedidas, ya sabes algo más sobre mí. Decirle adiós a alguien a quien no vas a olvidar en la vida, no es fácil. Es tremendamente difícil condensar lo que me has hecho sentir en una simple palabra.

Claro que me gustaría tenerte aquí y volver a sentir el roce de nuestros cuerpos antes de mi marcha. Pero, piénsalo, al final acabaríamos cediendo a dejarnos una forma de mantener el contacto y eso no puede ser.

Necesitas vivir tu vida, Darío. Tienes que vivir todas las experiencias que la vida te obsequie cada día que taches en el calendario.

Lo nuestro ha sido más que experiencia, ha sido una etapa de corta duración pero plena e intensa, de las que se graban en la memoria y se quedan tatuadas en la piel.

Sé que la vida te tiene preparadas grandes historias, grandes momentos en los que ya no te acordarás de mí y así es la vida. No creas que no me gustaría que me recordaras, pero no puedo seguir en tu memoria si eso te impide avanzar. Sigue queriéndome Darío, pero deja el espacio que llenará el amor de tu vida el día que aparezca, porque aparecerá.

He vivido muchos más años que tú, cariño, pero tú también me has enseñado algunas cosas. Me has enseñado que no hay reglas en el amor, que lo único que nos limita es el tiempo pero solo si no sabemos aprovecharlo. Nosotros lo hicimos, aun teniendo marcada la fecha del adiós.

No quiero despedirme de ti Darío, pero tengo que hacerlo. Me llevo el recuerdo de todo lo acontecido. De las noches en las que solo nuestros gemidos rompían el silencio. De los besos que nos dábamos cuando nadie podía vernos. De nuestra foto; te mentí, no la he borrado y no voy a hacerlo. De nuestra primera vez juntos. De la noche en la que nos vimos, de los dobles

sentidos. Del aquel sueño que tuve, el que te conté y que quisiste hacer realidad a besos. Y lo hiciste, lo hicimos.

Guárdame en un rinconcito de tu memoria, mi amor. Pero no acudas demasiado a él, deja que el punto y final haga su trabajo. Y quíereme, pero solo con un pedacito de tu corazón porque este aún debe albergar mucha más felicidad.

Quédate con lo que vivimos y sentimos. Quédate con que nuestra historia fluyó como lo hace el mar y el aire. Porque tú lo dijiste: yo soy el mar y tú eres el aire. Quédate con haber experimentado un amor como el nuestro en primera persona, yo lo haré, te lo prometo.

Y quédate con que te quiero, Darío. Porque te quiero. Con alma, carne y hueso.

Doblé la hoja y la guardé en el sobre. Me sequé las lágrimas que habían comenzado a salir desde que leí mi nombre escrito de su puño y letra. Cogí un poquito de arena y la esparcí en el interior. Decidí plastificar la carta para que nunca se borraran sus letras. Que permanecieran siempre conmigo como esa foto que nos hicimos y que ella también conservaría aunque ambos prometimos borrarla.

El fin de nuestra historia había llegado, con esas últimas palabras garabateadas sobre el papel. Pero me quedé con que me quiso, de la misma forma que yo la quise a ella. Con alma, carne y hueso.

DESTINO

DOS

Terror

EL CASO BETH

Nunca había tenido miedo a la oscuridad. Nunca había sentido la necesidad de refugiarse bajo un halo de luz. Pero aquella noche Beth no estaba sola en su habitación. Había sentido pasos, susurros, respiraciones y el frío calándole hasta los huesos. La luz de la lámpara de la mesilla de noche le proporcionaba algo de tranquilidad. ¿Y si lo había imaginado todo? Podía ser, pero esa noche Beth dormiría con la luz encendida. Se recostó y se tapó hasta la cabeza. Cerró los ojos para intentar dormir pero algo le rozó un pie. Saltó de la cama enredándose con la manta y cayó al suelo, quedando ligeramente aturdida. Y volvió a oír los pasos, esta vez dirigiéndose hacia ella, las respiraciones y los susurros erizándole la piel y el momento en el que su cuerpo dejó de pertenecerle; cuando sus brazos y piernas ya no obedecían a su mente, cuando sintió que en su interior habitaba algo consigo, cuando sintió aquel ente oscuro apoderarse de todo su ser.

Beth despertó, pero todo estaba oscuro. Tanta oscuridad le aletargaba pero no quería dormirse otra vez, no debía dormirse...

“Beth, Beth”

—¡Beth!

Abrió los ojos incorporándose sobresaltada. Su hermano pequeño estaba de pie a su lado.

—Charlie, vete a molestar a otro lado, ¿quieres?

—Tienes que llevarme a la escuela antes de irte a la universidad, mamá te lo dijo—Charlie se subió a la cama y comenzó a saltar—venga Beth, levántate.

—¿Quieres estarte quieto?

Le agarró por el brazo haciendo que cayera sobre la cama bruscamente. Su hermano gritaba de dolor mientras ella seguía apretándole el brazo.

—¡Beth, me haces daño!

Ella reaccionó y lo soltó.

—Oh Charlie, perdóname, no sé qué me ha pasado.

—Tus ojos...—dijo el pequeño cayéndose de la cama.

—¿Qué les pasa?

—Están...sangrando.

Beth se levantó de la cama y de un salto se plantó frente al espejo. Sus ojos se habían vuelto completamente negros y lloraban sangre. Intentó limpiarse pero el líquido vital salía a borbotones. Su visión se tornó borrosa y sintió como volvía a sumirse en la oscuridad.

Charlie contempló horrorizado como el cuerpo de su hermana caía al suelo y convulsionaba. Se acercó a ella y agarrándola del brazo la llamó a gritos. En ese momento el cuerpo de Beth dejó de temblar y se incorporó quedando sentada en el suelo, con la cabeza mirando hacia abajo.

—¿Beth?

Moviendo la cabeza, Beth desvió la mirada hacia su hermano. Charlie intentó levantarse pero algo le impedía moverse. La boca de su hermana se abrió y de su interior comenzaron a salir unos insectos grandes y negros que, rodeando al chico, se le subían por todos lados. La fuerza invisible que lo mantenía atrapado le soltó y Charlie se sacudió la ropa, pero los insectos habían

desaparecido. Se levantó y salió fuera del cuarto. En cuanto la puerta se cerró, todos los muebles de la habitación se agolparon en ella.

Charlie corrió escaleras abajo, cogió el teléfono y marcó el número de su madre.

—¡Mamá, tienes que venir a casa, a Beth le ocurre algo!

Karla llegó a la casa poco después de recibir la llamada de su hijo. Este la esperaba en el porche caminando de un lado a otro.

—Charlie ¿qué pasa? ¿Dónde está tu hermana?—preguntó bajándose del coche

—Está en su cuarto—su madre caminó hacia la puerta—¡no mamá, no vayas!

—Quédate aquí, hijo—le dijo poniéndole una mano en el hombro.

Karla entró en la casa y cuando se dirigía a las escaleras vio a su hija sentada en el suelo, en el centro del salón. Tenía la cabeza gacha y el pelo le cubría la cara. Se acercó.

—Hija ¿estás bien?

Beth levantó la cabeza lentamente. Sus ojos no habían recuperado su color habitual y su tez había adquirido una palidez espectral, que contrastaba con las manchas rojas de la sangre que había manado de sus ojos. Su boca se torció en una siniestra sonrisa.

—¡Beth, cariño!—exclamó su madre, sollozando y caminando hacia atrás.

—¡Mamá ha llegado a casa!—la voz que se oyó a través de la boca de Beth sonó distorsionada.

Beth se levantó como impulsada por un muelle y se apostó en el techo boca abajo. Corrió con piernas y brazos por el techo en dirección a su madre, que se dirigió a toda prisa a la puerta y salió a la calle con su hijo.

Fuera de la casa los espeluznantes gritos de esa voz que se dejaba oír a través de Beth, se escuchaban como desde un altavoz. Karla agarró la mano de su hijo y se alejaron de la casa rápidamente. A los pocos metros, cogió su móvil y marcó un número. Tres tonos después una voz masculina le contestó al otro lado de la línea.

—¿Diga?

—Morgan, por favor tienes que ayudarme.

Diez minutos más tarde Morgan, el cura de la parroquia del pueblo, aparcaba delante de la casa de Beth. Karla y su hijo lo esperaban sentados en el bordillo de la carretera.

—Morgan, discúlpame es que no sabía a quién llamar.

—Tranquila Karla, ahora cuéntame que es lo que pasa.

—Beth está...creo que...hay algo dentro de ella.

Después de dejar a Charlie en casa de una vecina, se encaminó con Morgan a la casa.

—Karla, ya sabes que la iglesia tiene que aprobar estas cosas y además Beth no está bautizada—dijo Morgan—pero por la amistad que me une a tus padres, te ayudaré.

Entraron a la casa y se encontraron a Beth sentada en la misma posición en la que su madre la había encontrado antes; sentada en el centro del salón. Ella levantó la cabeza y miró al cura. Morgan se santiguó y sacó una biblia pequeña que llevaba con él.

—Beth—la llamó Morgan—¡Beth si estás ahí, escúchame!

—Vaya—dijo la escalofriante voz—el padre Morgan se ha unido a la fiesta.

Morgan observó detenidamente a Beth. No podía creer lo que estaba viendo. Agarró a Karla del brazo y la sacó nuevamente al porche.

—¿Qué pasa?

—Escúchame—la voz del padre Morgan sonaba alarmante—esto es más grave de lo que creía.

Verás, cuando un espíritu maligno posee a una persona, los ojos se vuelven extrañamente vívidos, brillantes; a veces se vuelven blancos. Pero los ojos de Beth están completamente negros.

—¿Qué significa eso, Morgan?

—Karla, nos encontramos ante algo más peligroso—su voz se tornó inquietante—tu hija está poseída por varios espíritus demoníacos.

La tez de Karla se volvió pálida y dos lágrimas brotaron de sus ojos.

—¡Karla! Ahora tienes que ser fuerte, sé que no eres creyente pero necesito que reces, tienes que mantener la mente ocupada en rezar—Morgan le tendió un pequeño libro con las tapas un poco desgastadas—aquí están todas las oraciones, cuando entremos quiero que comiences a leer. Este tipo de posesiones son muy peligrosas, atacan la mente, se aprovechan del miedo hasta que tu cuerpo se vuelve vulnerable a la posesión. Así que no dejes de leer, hazlo por tu hija.

Tras las palabras de Morgan entraron en la casa, que estaba extrañamente oscura a pesar de que era de día. El pánico se apoderó de ellos al comprobar que Beth no estaba en el salón.

—¿Dónde está?—preguntó Karla alterada—¿Dónde está?!

En ese momento la casa comenzó a temblar y Beth saltó sobre sus cabezas, cogiendo a Karla y lanzándola contra una estantería.

—¡Karla!—gritó Morgan.

Beth se giró hacia él y agarrándolo por el cuello lo elevó un palmo del suelo. Morgan intentaba, por todos los medios, liberarse mientras el aire se le escapaba segundo a segundo. Del bolsillo de su pantalón sacó un frasco con agua bendita y destapándolo, roció a Beth en la cara. Esta comenzó a gritar y soltó al cura, que cayó al suelo echándose las manos al cuello y tosiendo.

Beth estaba de rodillas en el suelo y se arañaba la cara con ambas manos. Morgan corrió a socorrer a Karla que se hallaba en el suelo ligeramente aturdida por el golpe.

—Karla levántate—abrió el libro que le había dado minutos antes y se lo puso en las manos—tienes que rezar, vamos.

Karla se incorporó y comenzó a rezar. Morgan se levantó y descubrió horrorizado que donde antes estaba su biblia ahora había una pequeña montaña de polvo.

Beth estaba justo al lado y le dedicaba a Morgan una sonrisa malévola.

—Tu Dios no podrá con nosotros.

Morgan sacó la cruz que tenía atada al cuello, la besó y agarrándola con fuerza, susurró:

—El Señor es mi pastor, nada me falta.

La cara de Beth estaba llena de pequeños rasguños que se había hecho al arañarse la cara después de que el padre Morgan le echara agua bendita. La sangre que salía de ellos era negra.

— ¡Señor, ayuda a tu sierva! — exclamaba Morgan — ¡Señor, tú que todo lo puedes, arranca a esta chica de los brazos del mal!

Beth miró a su madre y el libro que esta sostenía se escapó de sus manos y fue lanzado por una fuerza invisible al fondo del salón. Dentro de la casa comenzó a levantarse un viento huracanado.

—¡Morgan!—gritó desesperada.

—Esto no funciona Karla, tenemos que llamarla—Morgan gritaba para hacerse oír—Tiene que salir a la superficie, nosotros podemos ayudarla desde fuera pero ella tiene que poner de su parte. ¡Llama a tu hija!

Morgan hablaba mientras le echaba agua bendita y Beth se retorció en el suelo.

—¡Beth, cariño soy mamá! ¡Vuelve con nosotros!—Karla hizo lo que Morgan le indicó—¡No nos dejes hija, tienes que luchar! ¡Escucha mi voz!

—Beth, eres más fuerte que ellos, sigue la voz de tu madre, sigue mi voz—gritaba el cura—

¡Señor protege a tu sierva y envía a estos demonios de vuelta al infierno!

Beth abrió los ojos, escuchaba dos voces diferentes llamándola a gritos. Una era la de su madre, estaba segura, la otra no llegaba a reconocerla del todo. Le decían que luchara, que volviera con ellos. Estaba envuelta en una inmensa oscuridad que la adormecía, pero no quería cerrar los ojos. La voz de su madre llamándola la impulsaba hacia arriba. Sentía unas manos invisibles tirando de ella e impidiendo que emergiera pero la voz de su madre era más poderosa. “Mamá, ayúdame”

—¡Dios todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, no la dejes sucumbir! ¡Protégela, protégenos!

—¡Hija, tú puedes hacerlo, guíate con mi voz, vuelve a mí!

Beth escuchaba las voces cada vez más cerca y la oscuridad comenzaba a cederle espacio a la luz.

—¡Demonios del inframundo, dejad a esta sierva de Dios y volved al infierno!

Beth echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un grito desgarrador y ensordecedor, seguido de un estallido de luz que les dejó momentáneamente ciegos.

Cuando pudieron enfocar la vista, vieron a Beth tendida en el suelo, inconsciente.

—Hija—sollozó Karla al tiempo que corría hacia ella.

—Rápido tapémosla, hay que hacerla entrar en calor.

Karla corrió escaleras arriba y volvió a bajar cargada con varias mantas. La pálida piel de Beth, fue recuperando su tono habitual.

—Cariño, abre los ojos—su madre hablaba mientras le acariciaba el pelo—Beth despierta.

Beth recuperó la conciencia y abrió la boca, absorbiendo una gran bocanada de aire. Sus ojos ya no estaban negros.

—Tranquila hija, ya estás bien, ya ha pasado todo.

—Mamá—dijo y se abrazó a ella.

Karla levantó la vista hacia Morgan.

—Gracias—musitó. Morgan asintió con la cabeza.

Karla hizo una llamada y al instante Charlie entró por la puerta como un vendaval. Se quedó en la entrada del salón mirando a Beth, desconfiado.

—¿No me das un abrazo?—preguntó ella.

Su hermano se acercó y le tocó la cara.

—Eres tú de verdad.

Los dos hermanos se abrazaron con fuerza. Morgan se despidió de Karla, prometiendo volver al día siguiente.

Karla se unió al abrazo de sus hijos besándoles el pelo.

—Os quiero mucho, tesoros—les dijo—Mientras estemos juntos nada podrá con nosotros. Nada.

EL LIBRO

Brooke Adams se encontraba al pie de la escalera, dudaba si subir u olvidar que había escuchado pasos en el desván de su nueva casa. Pasos que difícilmente podían ser de animal. Eran firmes y pesados. Ningún animal de considerable tamaño como para ocasional tal crujido podía haber subido ahí.

Pero ¿y si había alguien arriba? ¿De verdad podría dormir tranquila con la posibilidad de que alguien hubiera entrado en su casa? ¿En su desván? No, no podía.

Cogió el cuchillo más grande y afilado que tenía y comenzó el ascenso. Los escalones de madera crujían bajo sus pies a cada paso de daba. Y eso era un claro aviso para quien estuviera ahí arriba, si es que había alguien. Así que se quitó los zapatos y comenzó a andar descalza y de puntillas intentando hacer el menor ruido posible.

Subió los escalones que conducían al desván y se paró ante la puerta que, oscura y roída por los años, se le antojó siniestra, una entrada el reino de las tinieblas. Abrió la puerta y le dio al interruptor, un estallido y la bombilla se fundió.

—Genial —ironizó.

Bajó a por una linterna y otra vez llegó y se paró frente a la puerta que había vuelto a cerrar antes de bajar. Volvió a abrirla, esta vez con algo más de cuidado. Encendió la linterna y cuchillo en mano se adentró en la oscuridad de la habitación. Ningunas pisadas salvo las suyas, ningún ruido excepto el del aire que se colaba por el conducto de ventilación.

—¡Aaah! —gritó y se quitó la enorme telaraña que se le había quedado enganchada— por favor, qué asco.

Entonces se oyó un ruido. Pero no eran pasos, habían sido más bien dos golpes secos, como quien golpea una puerta con los nudillos. Inspeccionó el lugar dónde se habían escuchado los golpes, pero no había nada. Se oyó otro golpe, esta vez en el lado contrario donde se encontraba. Se volvió con rapidez apuntando con el foco de luz hacia ese lugar.

—¡Qué diablos!

Comenzó a andar decidida hacia el frente hasta que sus pies chocaron con lalgo pequeño y duro. Era un libro. Un libro de tapas duras y negras con una cinta ancha y roja alrededor formando una cruz. Brooke lo cogió y le sopló el polvo que tenía por encima. Nada, no había ni título ni nada que hiciera sospechar su contenido.

Un trueno se oyó a lo lejos, se avecinaba tormenta. Brooke se sobresaltó, sentía su corazón palpitando desbocado. Recogió el libro del suelo, que se le había caído por el susto y corrió escaleras abajo. Pero decidió no ojearlo hasta que se hiciera de día.

—Los monstruos no salen de día ¿verdad? —se dijo.

Dejó el libro en la mesilla de noche y se acostó a dormir. Y después de dos horas dando vueltas, por fin el sueño la venció.

Se despertó sudorosa pero temblando. Los latidos de su corazón retumbaban en sus oídos. ¿Qué coño había sido eso?

Había tenido un sueño de lo más aterrador. En la pesadilla se veía a sí misma cercenando miembros a varias personas que tenía atadas. Un hacha, una sierra eléctrica, un cuchillo de

carnicero, cualquier arma afilada y efectiva le iba bien. Post mortem había cogido el dedo índice de cada una de sus víctimas, y empapándolo en su sangre plasmaba la huella dactilar de cada una, bajo una foto del antes y otra de después quedara como quedara el cuerpo, o lo que quedara de ellos, en un libro de tapas negras igual al que había encontrado en su desván y que ahora se hallaba a los pies de su cama, abierto.

Brooke alargó la mano, con temor, y lo cogió. El terror se apoderó de ella al comprobar lo que contenían sus páginas. En ellas había fotos de personas descuartizadas. Cada una de las fotos tenía a su lado otra de la persona antes de ser despedazada y bajo estas una huella dactilar plasmada en sangre. Lanzó el libro al suelo y saltó de la cama. Bajó al salón, esperando tranquilizarse y recordando lo que había hecho antes de acostarse. ¿Le había echado un vistazo al libro antes de irse a la cama? Estaba segura que no, apostaba a que no le había quitado ni la lazada roja que llevaba. Pero entonces, ¿cómo explicaba que estuviera abierto encima de su cama? ¿Y cómo demonios explicaba esa inquietante pesadilla? ¿Lo habría hecho dormida? No, ella no era sonámbula. Y aunque lo fuera, era imposible que dormida pudiera ver lo que contenía ese libro y que luego se montara una representación onírica, con ella como verdugo.

Subió a su habitación y, con cautela, se asomó a la puerta. El libro seguía ahí, en el suelo donde ella lo había lanzado. Cerró la puerta y volvió a bajar al salón. Eran las cuatro de la madrugada. Brooke sabía que no podría volver a dormir, encendió el portátil y buscó información sobre esos crímenes. Y la encontró. A finales de los noventa, tuvo lugar una serie de crímenes de idénticas características a las del libro. El autor de tal atrocidad era conocido como El asesino de la huella.

“Que sobrenombre tan poco original”, pensó Brooke.

El cuatro de febrero de mil novecientos noventa y siete se le encontró ahorcado en su domicilio. Brooke tuvo que releer lo que vino a continuación. Ese asesino había vivido en su casa. Y se había suicidado en ella también. Y fue en ese preciso instante cuando supo que esa había sido la razón por la cual había pagado un precio tan ridículo por aquella imponente mansión.

—Y seguro que dormirás bien por las noches —dijo acordándose de la agente inmobiliaria que le había vendido la casa, omitiendo aquella terrible información.

Tras el suceso, la casa había sido habitada en tres ocasiones. Los cuerpos de las personas que ahí habían vivido, desaparecieron sin dejar rastro al poco de comprar la casa. Esa información la aterro aunque pensó que ella no creía en fantasmas. Sería absurdo si no fuera por esos extraños fenómenos que habían tenido lugar, empezando por aquellos siniestros pasos en el desván. Ahí fue donde lo habían encontrado colgado de una de las vigas.

Volvió a abrir el buscador y tecleó “cazadores de fantasmas”. Después de varias páginas de lo que eran claros timadores, encontró una que le llamó la atención. Era una página web completamente negra, no había ni fotos ni vídeos promocionales, solo un formulario de contacto y una frase “Nosotros los devolvemos a su mundo”

—¿Por qué no? —se dijo, rellenó aquel formulario y lo envió.

A primera hora de la mañana sonó su teléfono.

—Buenos días, ¿es usted Brooke Adams? —dijo una voz en cuánto contestó—. Soy Ryan O’Conell, usted ha contactado conmigo a través de mi página web.

—Sí, sí soy yo, muchísimas gracias por llamar, señor O’Conell.

—No me dé las gracias aun señorita, cuénteme qué sucede.

Brooke abrió la puerta inmediatamente después de que sonara el timbre. Al otro lado se encontraban dos hombres con un instrumental que Brooke desconocía.

—Señorita Adams, soy Ryan hemos hablado esta mañana y este es Bart Dawson, mi ayudante.

—Muchas gracias por venir, no sabía a quién llamar, mis amigos y familiares pensarían que estoy loca y luego he visto vuestra página web y...

—Ha hecho bien en contactar con nosotros, señorita Adams.

—Por favor, llámame Brooke.

—Brooke —dijo Ryan— ¿Podemos subir al desván?

Subieron precedidos por Brooke. Antes de entrar Bart encendió un aparato parecido a un detector de metales pero más pequeño.

—Esto detectará si hay actividad paranormal —explicó Bart.

Entraron y una corriente de aire helado los atravesó, el aparato comenzó a pitar pero tan pronto como la corriente pasó, cesó.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Brooke.

—Eso, Brooke, es actividad paranormal.

Inspeccionaron el desván pero el aparato no volvió a detectar nada. Bajaron y habitación por habitación, incluido el desván, fueron colocando una serie de sensores que medían la temperatura así como unos aparatos con micrófono insertado en el centro, conectados a través de una red inalámbrica a un gran receptor.

—¿Para qué es todo esto?

—Los sensores se activarán si detectan que la temperatura baja considerablemente —explicó Ryan

—¿Y esos aparatos?

—Esto —dijo señalando uno— son micrófonos de ultrasonido y detectarán cualquier cosa que se escape al oído humano.

—¿Habéis captado algo alguna vez?

—Te sorprendería.

Bajaron al salón, donde estaba colocado el receptor. En ese justo momento todos los indicadores de sonido comenzaron a subir llegando al límite.

—Esto es muy raro —dijo Ryan poniéndose los cascos y mirando a Bart, quien le imitó.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó Brooke, nerviosa.

—Están por toda la casa.

—¿Qué?

—Dios santo.

—¡Maldita sea! ¿Queréis decirme qué pasa?

—¡No se trata del asesino Brooke, son sus víctimas!

Entonces un fuerte estruendo proveniente del sótano y una sacudida les sorprendió.

—¡Quédate aquí, no bajes! —exclamó Ryan mientras corría hacia el sótano junto a Bart.

—¡No pienso quedarme aquí! —gritó Brooke, yendo con ellos.

Ryan y Bart bajaron a la carrera seguidos por Brooke. Cuando llegaron al sótano el suelo había dejado de temblar. Juntos buscaron señas de lo que pudo originarlo.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Bart con los ojos fijos en un punto detrás de Brooke.

Detrás de Brooke había una abertura en la pared. Quiso darse la vuelta pero una fuerza invisible tiró de ella haciendo que cayera al suelo arrastrándola consigo a través del agujero.

—¡No! —gritó— ¡Ayudadmeeeee!

—¡Brooke! —Bart fue tras ella.

Le costó mucho traspasar el estrecho túnel que llevaba al otro lado. Se encontró a Brooke de

espaldas contra la pared.

—¿Brooke?

—Bart ¿eres tú? —contestó su voz—. Ayúdame no veo nada.

—Tranquila, ya estoy aquí.

—Bart ¿eres tú? Ayúdame no veo nada —se volvió a oír.

—Brooke —dijo dándole la vuelta— ¡Joder no!

El cuerpo que tenía frente a sí no era el de Brooke. Era un cuerpo de cara espectral con los ojos completamente blancos.

—No puedes ayudarla —dijo con voz siniestra, como si se oyera a través de un distorsionador.

Bart sintió que algo le impedía moverse y al instante notó como tiraban de cada extremidad de su cuerpo. Soltó un alarido justo antes de que su tronco quedase separado de sus miembros y su cabeza. Ryan llegó justo en el momento en que el cuerpo desmembrado de su ayudante caía al suelo. La figura que antes se cernía sobre Bart ya no estaba. Tampoco Brooke.

—¡Bart, no! —Gritó Ryan preso del pánico— ¡Brooke! ¡¿Dónde estás?!

El suelo se volvió a mover haciendo caer a Ryan. La pared frente a si se abrió y de dentro cayeron trozos de cuerpos mutilados.

—Por Dios.

Se tapó la nariz y como pudo escapó de aquel lugar por la abertura en la pared por la que había desaparecido Brooke. Llegó arriba y corrió a comprobar el equipo de sonido que tenía en el salón. Se oían voces en el desván, mezcladas con la voz de Brooke.

Corrió escaleras arriba. Intentó abrir la puerta del desván pero esta no cedía. La golpeó con todas sus fuerzas y finalmente de una patada se abrió, saliéndose de los anclajes.

Ante si estaba Brooke, subida a una butaca con una soga atada al cuello, el otro extremo alrededor de una viga del techo.

—Brooke no lo hagas.

—Tengo que hacerlo, así todo acabará.

—Podemos acabar con esto, no les dejes vencer.

—No podremos escapar.

Ryan reaccionó raudo y agarró a Brooke por la cintura antes de que le diera una patada a la silla. Se subió junto a ella y la ayudó a quitarse la soga del cuello. Bajaron al salón a toda prisa.

—Brooke corre, abre el gas —inquirió Ryan— ¡Rápido! ¿Tienes gasolina en el garaje? Hay que quemar la casa.

—¿Para qué quieres que abra también el gas?

—A grandes males, grandes remedios, ¡vamos Brooke, deprisa!

Mientras ella abría el gas, Ryan buscaba un bote de gasolina del garaje. Vertió el contenido en el salón.

Cogieron un paquete de cerillas y mientras salían, Ryan terminaba de verter la gasolina. Tiró el bote vacío en la entrada de la casa y encendió una cerilla, se alejaron unos pasos y la lanzó dentro.

—¡Brooke, corre!

Echaron a correr mientras las primeras llamas abrasaban la entrada. Segundos después la casa explotaba. La onda expansiva hizo que Brooke y Ryan cayeran al suelo.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—¿Ya ha acabado?

—Sí, se acabó.

Se quedaron con los ojos puestos en la casa, viendo cómo se reducía a escombros
—¿Y ahora qué? —preguntó ella.
—Ahora habrá que empezar de nuevo, Brooke.

LA PESADILLA

Abrí los ojos pero una luz sobre mí me impedía enfocar la mirada. Estaba amordazada y atada a una fría superficie de metal. Las muñecas y los tobillos me ardían a causa de la fuerte sujeción. A mi lado había una bandeja con toda clase de objetos punzantes. Tiré de mis brazos y mis piernas intentando, sin éxito, liberarme.

Moví la cabeza siguiendo los siniestros golpeteos de unas botas contra el suelo. Se oyó un tintineo y vi como una mano enfundada en un guante cogía un bisturí y lo balanceaba amenazante ante mis ojos.

Dirigió la punta metálica hacía abajo y de inmediato sentí un dolor lacerante a la altura de la clavícula. Mis gritos hicieron eco en la estancia aun estando amordazada.

De repente pasos, gritos, una puerta que se abría violentamente. Un “alto, policía”, un “suelte ese bisturí”, un “¡NO!” seguido de un disparo. El sonido de un cuerpo inerte cayendo al suelo. Más pasos, la agradable sensación en mis manos y piernas al ser liberadas, el sabor de la sangre en mi boca al ser despojada de la mordaza. Un “tranquila, ya estás a salvo”.

Y entonces, todo se volvió negro.

NUNCA MÁS

La oscuridad de la noche llegó sumiendo las calles en la penumbra más absoluta. Y con ella llegaron las voces, los susurros. Esa noche sería diferente para Daryl. Cada día, con la llegada de un nuevo anochecer, la tan preciada soledad de Daryl se veía súbitamente interrumpida por aquellas voces que, desde hacía tiempo, le atormentaban. Pero aquella noche era diferente, aquella noche le habían pedido que actuara, le habían ordenado que matara.

Escondido en aquel sombrío callejón, esperaba ver aparecer a su presa. La mano, que portaba aquel afilado punzón, le pesaba más que su propia conciencia que desde lo más hondo de su ser pugnaba por ser escuchada. Pero cualquier pensamiento moral quedaba inexorablemente eclipsado por aquellas voces que le dictaban a Daryl que era el momento de actuar.

“Es hora de arrebatarse la vida, Daryl” “Su sangre te purificará” “Quémalo, el fuego exiará tus pecados” “Deja aflorar la locura, deja que tome el control”. Las voces se solapaban unas con otras haciendo que Daryl sintiera su cabeza a punto de estallar. Se presionó las sienes con ambas manos y apretó los dientes.

—No estoy loco, no estoy loco, no estoy loco —repetía una y otra vez.

Unos pasos le alertaron de que su presa se acercaba. Decidido, agarró el punzón y esperó, oculto, a que aquel hombre se acercara. La altura y complexión era similar a la suya, no le sería difícil. Los pasos se hicieron cada vez más notorios, se estaba acercando. Cuando estuvo a su altura, Daryl emergió de entre las sombras cargando todo su peso contra aquel desconocido, el cual cayó al suelo quedando ligeramente turbado.

—¿Quién está ahí? ¿Qué quiere de mí? —preguntó el hombre mirando hacia todos lados pero sin ver nada.

“Su vida” “Su sangre” “Su alma” “Sus entrañas” “Su último aliento” “Arrancarle el corazón”.

—¡Basta! ¡Dejadme en paz! —exclamó Daryl para acallar, sin éxito, las voces.

Mostrándose, agarró al desconocido por el cuello, lo levantó del suelo y lo estampó con violencia contra la pared de ladrillo. El hombre intentaba por todos los medios deshacerse de su atacante, pero sus fuerzas habían menguado debido a aquel primer contacto.

—¿P-por qué? —balbuceó el desconocido con el poco aire que le quedaba en los pulmones y que se extinguía a cada segundo que pasaba—. ¿Por qué q-quieres...hacer...me...d-daño?

—¡Cállate! —espetó Daryl ejerciendo más presión sobre el cuello de su víctima—. Ni una palabra más.

“No lo hagas, Daryl”, una voz en su interior se dejó oír por encima de las demás pero él hizo caso omiso. “¡No lo hagas!”, esta vez se escuchó con más fuerza y Daryl cesó en su ataque. El hombre se echó las manos al cuello en un acto reflejo de calmar la sensación de asfixia y gateó hacia el espacio vacío que había entre dos contenedores de basura en un intento por escapar de su agresor, mientras tosía violentamente.

—No lo haré —dijo Daryl mirándose las manos—¿Me oís? ¡No lo haré! —bramó.

El inocente desconocido miraba a Daryl presionarse la cabeza con ambas manos mientras musitaba un "no" continuo.

“Hazlo, Daryl”. “Esto solo es el comienzo”. “O tú o él”. “Una vida u otra”. Se dejaron oír las

voces.

—Una vida u otra —repitió Daryl en un susurro—. Vete —alegó volviendo la cabeza hacia el lugar donde el hombre se encontraba agachado—. Márchate ¡Ya! —exclamó y este salió corriendo despavorido del callejón.

Daryl comenzó a respirar con fuerza, sus manos y todo su cuerpo comenzó a temblar por la anticipación, la certeza de lo que estaba a punto de hacer. Había llegado el momento de librarse de aquellas voces que en ese momento le instaban que no lo hiciera.

—Habéis usurpado el lugar correspondiente a mi soledad, e intentado dominar mi voluntad —dijo alzando el punzón, sosteniéndolo a la altura de su sien derecha—. Nunca más.

Clavó, con fuerza, el punzón en su cabeza. Sus ojos se volvieron blancos y al instante su cuerpo, inerte, cayó al suelo provocando un ruido sordo en aquel callejón.

Y por fin las voces se acallaron, por fin la soledad sería su compañera en este último viaje. Por fin, se había sumido en una silenciosa y placentera oscuridad.

EN UNA NOCHE DE HALLOWEEN

—Sal de ahí, le dijo el policía, las llamadas proceden de dentro de la casa.

—Vale, ya está bien por hoy, a la cama —dijo la voz de una mujer que apareciendo en el salón, encendió las luces.

—¡Mamá! —se quejaron Jason y Agatha, sus gemelos de diez años, al unísono— has roto la magia.

—Se acabaron las historias de miedo —agregó ella.

—Cariño, es la noche de Halloween, es la tradición —habló Clive, su marido, que minutos antes le contaba una historia de terror a sus hijos.

—A la cama he dicho.

—Jolines —dijo Jason.

—Esa boca jovencito —le regañó Clive—. Y ya habéis oído a vuestra madre, a dormir todos.

—Tu mejor espérame con la bañera llena —le dijo Catherine a su marido en un susurro, guiñándole un ojo.

—A la orden, jefa.

Catherine subió a acostar a sus hijos mientras Clive preparaba un relajante baño para ambos, en el lujoso aseo, contiguo a su dormitorio.

—¿Os habéis divertido hoy?

—¡Siii! —gritaron ambos niños—. Y mañana me comeré todos mis caramelos —dijo Agatha.

—De eso nada —negó Catherine riendo y dándole un beso de buenas noches a su hija.

—Mamá, ¿puedes mirar debajo de la cama? —preguntó Jason.

—Y en el armario —agregó su hermana.

—Hijos, estáis en casa, no hay nada que temer.

—Pero la historia que nos contó papá...

—Es solo eso —interrumpió a su hijo— una historia —le dio un beso de buenas noches también a Jason—. Que descanséis, tesoros míos.

—Mamá —dijo el niño antes de que su madre saliera del cuarto—, ¿puedes dejar la luz del pasillo encendida?

—Está bien, pero solo por esta noche.

Catherine salió de la habitación de sus hijos y encendió la luz del pasillo. Llegó a su cuarto y entró en el baño. Su marido la esperaba allí con la bañera preparada.

—Has atemorizado a los niños con tus historias —le dijo en tono severo.

—Mañana ya se habrán olvidado —le dijo a su mujer—. Ahora tú y yo, vamos a relajarnos.

Mientras Clive y Catherine se disponían a darse un placentero baño, los niños no podían pegar ojo. Agatha en su cama miraba hacia la ventana y Jason en la suya con la vista puesta en la puerta entreabierta. Era una noche tranquila, apenas soplabla el viento aunque el aire que se respiraba era más bien propio de la época.

Los ojos de Agatha fueron cerrándose prisioneros del sueño que le vencía. De pronto notó como si algo moviera el colchón desde abajo. Sobresaltada, se incorporó en la cama. Sin bajarse,

miró debajo pero no había nada así que supuso que lo había soñado. Se acostó nuevamente pero entonces las puertas del armario chirriaron como si alguien las estuviera abriendo. Esta vez fueron los dos los que se sentaron en la cama.

—¿Tú también lo has oído? —le preguntó Agatha a su hermano.

—Sí, venía del armario —dijo Jason—. Agatha no —susurró alarmado al ver que su hermana caminaba en dirección al ropero.

—Solo quiero mirar.

Abrió el armario, dentro solo estaba la ropa de ambos. Lo cerró y se encaminó hacia su cama pero entonces la puerta de la habitación se abrió de golpe. Jason saltó de la cama y juntos corrieron a la habitación de sus padres.

—¡Mamá! ¡Papá! —gritaron cuando llegaron a la habitación.

Al momento Catherine salía del baño con un albornoz y el pelo mojado.

—¿Qué pasa, hijos?

—Hemos oído un ruido en el armario —dijo Jason atropelladamente—. Y el colchón de mi cama se movía —agregó Agatha—. Y la puerta...

En ese momento la alarma de la casa comenzó a sonar justo cuando Clive salía del baño.

—Clive —pronunció Catherine, alarmada.

—Quédate con los niños —ordenó él.

Clive bajó y se encontró la puerta de la entrada abierta al igual que todas las ventanas del salón. Cerró todo no sin antes armarse con una vara de la chimenea. Se había levantado una corriente de aire frío por toda la planta baja de la casa. Dirigió sus apresurados pasos a la cocina. Al pasar delante de las escaleras casi chocó con su mujer, que en ese instante bajaba, llevándose ambos un susto de muerte.

—Por Dios, Catherine —dijo Clive llevándose una mano al pecho.

—¿Qué ha pasado? —preguntó asustada.

—Te dije que te quedarás arriba con los niños —le increpó— ¿Por qué los has dejado solos? La puerta y las ventanas estaban abiertas, puede haber entrado alguien ¡Joder, Catherine!

Subieron las escaleras de dos en dos. Abrieron la puerta y una ráfaga helada les golpeo. Jason estaba en una esquina hecho un ovillo.

—¿Dónde está tu hermana? —inquirió su madre llegando a donde estaba su hijo.

Jason levantó la cabeza y le indicó con la mano temblorosa la esquina superior derecha de la habitación. Catherine giró la cabeza y se encontró a su hija apostada en el techo y con la cabeza hacia atrás mirando en su dirección.

—¡Agatha!

La cara de Agatha estaba completamente blanca, sus ojos eran dos bolas negras y su boca escupía un líquido oscuro.

—¡Agatha, hija! —exclamó su padre.

—¡Tú hija ya no puede oírte, Clive! —se oyó decir a través de la boca de Agatha, una voz siniestra.

El ser que poseía a Agatha gritó a través de esta, abriendo la boca desmesuradamente, haciendo que todo en la habitación temblara.

Catherine gritó con todas sus fuerzas y en ese momento Agatha se echó sobre su padre que aún estaba en la puerta. Forcejearon hasta caer ambos al suelo. Clive agarró de los brazos a Agatha y la zarandeó.

—¡Deja en paz a mi familia! ¡Deja en paz a mi hija! —gritó colérico.

Una corriente conectó el cuerpo de Agatha con el de su padre y al instante la niña volvía a recuperar su aspecto normal. Clive notó como se iba apoderando de su ser. Miró a la ventana y después a su mujer. Solo había una cosa que podía hacer, si quería salvar a su familia.

—Os quiero —le dijo a Catherine.

Cogió impulso y se lanzó por la ventana atravesando el cristal, cayendo sobre los adoquines de la entrada.

—¡Clive! —gritó su mujer.

—¡Papá! —exclamó Jason.

—Mami... —susurró la niña, que volvía en sí.

—Tranquila cariño, ya estás a salvo.

Catherine cogió a sus hijos y corrieron escaleras abajo a socorrer a Clive. La ambulancia no tardó en llegar. Clive aún respiraba, lo entubaron, lo subieron a la medicalizada y salieron rumbo al hospital. Catherine les seguía de cerca con los niños, en su coche.

Horas más tarde, Clive abrió los ojos sintiendo que la cabeza le iba a estallar. Su mujer estaba sentada en la butaca con la cabeza apoyada en la cama.

—Cariño —susurró.

Le levantó la cabeza pero se encontró con los mismos ojos negros que habían poseído a su hija.

Despertó sobresaltado, intentando incorporarse en la cama de hospital en la que se encontraba. Había tenido una pesadilla.

—¡Tranquilo, cariño! —le calmó su mujer.

—¿Estáis todos bien? ¿Dónde están los niños? ¿Cómo está Agatha? —preguntó de forma atropellada.

—Están bien, todos estamos bien, cálmate —le dijo Catherine—. Los niños están con mi hermana.

Clive miró sus piernas que estaban vendadas y notó que la cabeza estaba parcialmente cubierta por vendas.

—Has sufrido una contusión debido a la caída, nada grave—le informó su mujer—. Y te has fracturado ambas piernas pero no hay ningún hueso roto, el médico dice que has tenido mucha suerte.

—Aún no puedo creer lo que ha pasado —le dijo él.

—Lo que importa es que todos estamos bien.

Se abrazaron y por primera vez en esa noche, sintieron que estaban a salvo.

DESTINO

TRES

Ciencia ficción & aventuras

¿CONSEGUIRÍAS SOBREVIVIR A...?

Will McManus cargó su arma mientras se refugiaba tras la fachada de una casa con un sistema de seguridad blindado. Echó un vistazo por encima a puertas y ventanas. No había fisuras, imposible colarse dentro.

Llevaba un rato huyendo de dos motorizados que lo perseguían armados con ametralladoras. Pero consiguió acabar con uno de ellos y apropiarse de su vehículo de dos ruedas. Lo que Will no sabía era hasta cuando iba a ser seguro ir en moto, su ruido le delataría ante los demás participantes a aquellas veinticuatro horas donde matar, había sido aprobado por decreto.

Will había comenzado aquella aventura con Sam, su mujer, pero se habían visto sorprendidos por los motorizados además de por otro violento y muy ruidoso grupo de tres jóvenes que, finalmente, había sido acribillado por algún francotirador apostado en la azotea de alguno de los edificios colindantes. Ese revuelo supuso que se separaran, ahora necesitaba encontrarla. Por eso estaban ahí, querían vivir la experiencia juntos. Y Will estaba completamente seguro de que Sam también estaría buscándole.

Se separó de la pared de la casa y recorrió con la vista alrededor. Era una pequeña urbanización donde todas las casas parecían estar protegidas, pero no estaba seguro. Había dejado la moto escondida al principio de la calle.

Echó a correr y pegó la espalda en la pared lateral de otra de las casas. Dio varios pasos hasta colocarse en la parte trasera. Relajó los hombros y suspiró, riendo. Justo en ese momento sintió en la cabeza el frío acero del cañón de un arma de fuego. Alguien le apuntaba desde la ventana que tenía justo encima. Will no supo cómo lo hizo pero echando las manos hacia arriba desvió el arma a un lado provocando que su atacante disparara y, aprovechando su desconcierto inicial, se levantó, giró la mano de la mujer que aún sujetaba la pistola, haciendo que esta gritara de dolor, y le disparó a quemarropa en la cara. El cuerpo sin vida de su atacante cayó hacia atrás provocando un ruido sordo. Will se miró las manos, asombrado.

—Joder —dijo y se echó a reír.

El cielo pronto oscurecería y, de noche, sería aún más difícil dar con Sam. Se colgó la ametralladora que le había arrebatado a uno de los motoristas, se apropió de la pistola, que a punto había estado de costarle la experiencia, y fue a buscar la moto. Pero antes de subir a ella oyó cómo, a lo lejos, alguien le llamaba.

—Sam —susurró y puso el motor en marcha—. ¡Sam! —gritó aunque sabía que eso era un grave error.

—¡Will! —se volvió a escuchar.

Will condujo como alma que lleva el diablo hasta llegar al lugar de donde procedía la voz de su mujer.

El rugido de la moto seguramente la haría ponerse en guardia y los gritos de ambos estaba seguro que habrían alertado a algún que otro atacante. Solo esperaba reencontrarse con ella antes de verse sorprendidos.

Al girar una esquina, la vio. Sam se había preparado para ser la primera en disparar pero, al verle, dirigió el cañón de su arma hacia arriba.

—¿Una moto? Esto se pone cada vez mejor —alegó riendo.

—Sube, vamos. Debe de habernos oído media población.

El sonido de varias motos seguido de disparos, se sucedieron.

—¿Más motoristas? Joder —masculló Will.

—Déjame subir —dijo Sam mientras se ponía a detrás de él, espalda con espalda.

—¿Qué haces? —preguntó él.

—¿A ti qué te parece? Dame tu arma.

Will le pasó la ametralladora y ella se colocó de manera que estuviera segura sobre la moto y, a la vez, pudiera disparar.

—¡Ya vienen! ¡Arranca!

Puso la moto en marcha y al instante se vieron perseguidos por tres motos a toda velocidad. Los motoristas se iban acercando peligrosamente y Sam comenzó a disparar consiguiendo dar de manera certera a uno de ellos, que cayó de la moto y luego esta, le pasó por encima.

—¡Uno menos! —gritó, eufórica.

Una de las motos se desvió y tomó una calle transversal, haciendo que tanto Sam como Will, lo perdieran de vista. La otra continuaba con su implacable persecución.

—¡Will, cuando yo te diga, da la vuelta y frena!

—¡¿Qué dices?! ¡¿Estás loca?!

—¡Haz lo que te digo! —exclamó—. ¡Deja que se acerque!

Will aminoró la velocidad y uno de los disparos del motorista casi les alcanza. Avanzaron unos metros a medida que el motero les daba alcance. Sam se preparó.

—¡Ahora! —le gritó a su marido.

Will frenó al mismo tiempo que daba la vuelta provocando un chirrido de ruedas. Mientras ellos giraban en su moto, quedaron en paralelo con su atacante, quien no se esperaba la maniobra. Sam no tardó en cargar sobre su rival, disparando hasta que este cayó sobre el asfalto.

—¿Has visto eso? —gritó Sam—. ¡Wow!

El tercer motorista les sorprendió saliendo de una esquina a bordo de su vehículo de dos ruedas.

—Mierda —masculló Will poniendo el motor en marcha al instante.

—¡Dale caña, cariño! —habló Sam a voz en grito— ¡Vamos a cargarnos a ese hijo de puta!

Tenían la moto pegada a la suya y Sam no conseguía un buen ángulo para disparar. La carretera era irregular y estaba llena de baches, lo que hacía que tuviera que agarrarse de vez en cuando. El motorista disparó, lo que hizo que Will perdiera estabilidad y casi acaban en el suelo.

—¡Sam, dispara!

—¡Eso intento!

Sam disparó la metralleta pero su atacante lo esquivó. Lo intentó de nuevo pero comprobó, con horror, que se había quedado sin balas.

—¡Joder! ¡No tengo munición, Will!

—¡Llevo un arma en la cadera!

Sam echó la mano hacia atrás y, palpando, notó el mango de una pistola.

—¡No sé cuántas balas quedan, no las desperdicies!

Obviando el comentario de su compañero, respiró hondo, apuntó a la rueda y disparó. Todo en cuestión de segundos para que su agresor no se diera cuenta de lo que iba a hacer. La bala hizo que este perdiera el equilibrio y cayera al suelo.

—Da la vuelta, ese cabrón está vivo.

Llegaron donde la moto del otro aprisionaba una de sus piernas y este se quejaba a la vez que intentaba por todos los medios liberar su extremidad.

—¡Quieto! —gritó Sam apuntándole con el arma.

El desconocido se echó a reír, tenía los dientes ensangrentados

—¿De qué coño te ríes?

Antes de que pudiera responder, Will apareció y con su guadaña, cercenó la garganta del tío de la moto. Se apoderó de sus armas y miró a Sam.

—¿Qué? ¿Para eso hemos venido no? —dijo él.

—Eso ha sido la hostia, cariño.

—No, lo que has hecho tú sí que ha sido la hostia. Verlo desde fuera habría sido brutal —susurró mientras le bajaba la cremallera de la cazadora.

—¡Eh! —llamó su atención frenando su movimiento—. ¿Te parece que es momento de eso? —acompañó su comentario con un levantamiento de cejas.

—Tienes razón —contestó él riendo y tomando su mano, agregó—. Vámonos antes de que aparezcan más.

—¿Qué hacemos con la moto?

—Dejémosla, su ruido nos delata.

Corrieron durante un rato sin toparse con ningún rival. No entendían qué pasaba ni dónde podía estar toda esa gente que participaba en la purga.

Minutos después oyeron risas y bastante jaleo. Se acercaron, sigilosos, y vieron como una pareja se cargaba a un tío a hachazos.

—¿Vamos a por ellos?

—Espera, no sabemos si son solo dos.

—Nos los cargaremos a todos

—Sam, ¿quieres que acabe ya?

—No, claro que no.

Esperaron un tiempo prudencial. La pareja seguía machacando al hombre con sus hachas, quien no era más que un amasijo de carne, vísceras y sangre. Se estaban ensañando. Sam y Will se miraron y salieron de su escondite a paso sigiloso.

Will apuntó con su arma a uno de ellos, cuando estuvieron cerca.

—Cariño —susurró Sam—, ¿por la espalda?

—Tienen hachas.

—Y nosotros armas —puntualizó ella.

Se echaron a reír en una risa silenciosa y después Sam silbó para atraer la atención de la pareja del hacha. Estos se giraron al instante, como vampiros ante el olor de la sangre y salieron disparados hacia ellos levantando sus afiladas armas.

Will y Sam se miraron, apuntaron uno a cada uno de aquellos desconocidos y dispararon. La pareja cayó al suelo, inerte. El ruido de las hachas al caer provocó un sonido metálico. Sam se acercó, cogió una y dio varios hachazos al aire.

—Mola.

Will se hizo con la otra arma y continuaron avanzando.

A lo lejos, escucharon risas y gritos de euforia. Se acercaron y observaron sin ser vistos. Era un grupo numeroso, al menos unas diez personas. Demasiados para ellos dos solos.

—Tienen un puto lanzallamas.

—Son demasiados.

—Si...

La mirada que intercambiaron les dijo más que sus propias palabras. Sin decir una sola palabra más, cargaron cada uno un hacha en una mano y un arma en la otra. Salieron a la luz y comenzaron a disparar contra aquel grupo que apenas tuvo tiempo de reaccionar. Los que quedaban en pie también comenzaron a disparar. Una de las balas alcanzó a Sam en una pierna. Esta gritó mientras se escondía detrás de un contenedor.

—Sam, ¿estás bien? ¿Puedes disparar?

—Sí, sí, estoy bien —alegó taponándose la herida—. Carguémonos a esos mamones.

Como pudo, Sam se levantó aguantando su peso sobre la otra pierna y disparó con la metralleta que le había arrebatado al último motorista. Will cargaba sobre ellos con el revólver con el que habían estado a punto de volarle la cabeza, pero se quedó sin balas rápidamente.

—No tengo munición.

—Yo me ocupo —dijo ella concentrada en abatir a sus rivales.

Pronto quedó en pie únicamente el que llevaba el lanzallamas.

—Este es mío —dijo Will cogiendo el hacha—. Cúbreme, cariño.

Salió a su encuentro y en cuanto el otro le vio, se dispuso a usar su arma. Sam disparó para atraer su atención pero no se dejó engañar y siguió dirigiendo el fuego hacía Will. Pero cuando estaban a medio camino, la sirena que anunciaba el final de la purga, hizo eco por toda la ciudad. Will, Sam y el desconocido que portaba el lanzallamas se quedaron quietos y justo en ese momento, la imagen ante la pareja comenzó a desdibujarse.

—¡Joder, qué pasada! —exclamó Sam quitándose el casco de realidad virtual.

—Hemos estado bien, ¿eh?

—Sí, lo conseguimos —agregó chocando los cinco con su marido.

—Enhorabuena —les felicitó uno de los encargados del negocio—. Lo habéis superado. Formáis un buen equipo.

—El disparo ha dolido, ¿eh? —Sam se acarició la pierna.

—Garantizamos la máxima realidad —le aseguró el trabajador sonriente.

Salieron del recinto ojeando otra vez el catálogo del negocio que garantizaba la mejor experiencia de realidad virtual del mundo.

Sam y Will llevaban ya un tiempo ahorrando. Ese día era su aniversario y habían decidido hacerlo aún más especial.

—¿Qué te parece esta para la próxima vez?

—Zombis. Mola.

“¿Conseguirías sobrevivir a...?” simulaba escenarios de distintas películas. Will había sugerido “participar” en La Purga y Sam había estado de acuerdo. Ahora tocaba pensar en qué experiencia se verían inmersos la próxima vez que pudieran hacerlo.

—¿Decidido entonces?

—Sí, vamos a cargarnos unos cuantos zombis.

—Ha sido uno de los mejores aniversarios, cariño. Te quiero.

—Estoy de acuerdo. Yo también te quiero —aseguró ella—. Y... en cuanto llegemos a casa, continuaremos donde lo dejamos antes —levantó las cejas, divertida.

—Estoy impaciente —dijo él, abrazándola.

—Feliz aniversario, mi amor.

—Feliz aniversario, cariño.

DESTINO

CUATRO

Drama

ESTÁS, NO ESTÁS

—¿Puedo sentarme?

Al escuchar la pregunta me miraste con los ojos entrecerrados, intentando dilucidar si, en realidad, te hablaba a ti. Incluso te cercioraste de que no hubiera nadie más al otro lado a quien pudiera estar dirigida mi pregunta. Entonces asentiste con la cabeza y me senté. Desde ese banco en el parque podía vigilar a mi hijo, que jugaba en los toboganes. Te escuché sollozar y al mirar en tu dirección, comprobé que llorabas. Saqué un pañuelo de papel y te lo ofrecí.

—Gracias —lo aceptaste.

—¿Se encuentra bien? —te pregunté— ¡Eh, Tom, quédate donde yo te vea! —grité a mi hijo al ver que se apartaba de mi vista.

—¿Es su hijo? —preguntaste con la voz tomada.

—Sí, es un terremoto. ¿Tiene usted hijos? Bueno, que pregunta más tonta, por qué iba a estar en un parque si no.

—El del jersey rojo es Charlie, mi hijo. Y el hombre del polo gris es Jeff, mi marido.

Señalaste a un niño que jugaba en los columpios mientras un hombre, que parecía bien entrado en la treintena, lo empujaba suavemente. Volviste a sollozar, algo no iba bien.

—¿Puedo preguntarle por qué llora?

—Porque les echo de menos.

—No le entiendo.

—Yo... no puedo acercarme a ellos.

—¿Por qué no? ¿Es que su marido le ha puesto una orden de alejamiento o algo así?

—No, no es eso. Les hice mucho daño y ahora solo puedo contemplarlos así.

Los mirabas con la añoranza instalada en los ojos. Me fijé que tras unos segundos admirándolos, bajabas la cabeza, como si te diera vergüenza que pudieran darse cuenta.

—No puede haber hecho algo tan malo como para que su marido no le permita acercarse a su hijo.

—No es él quien me lo impide.

—¿Entonces?

—Es complicado.

No entendía que podías haber hecho para que no pudieras acercarte a ellos. Había algo que no querías contarme. Algo normal, por otro lado, ya que yo no era más que un desconocido.

—Tengo miedo —confesaste.

—¿De qué?

—De que llegue el día en el que ya no pueda seguir haciendo esto.

—El parque es un lugar público, nadie puede prohibirle estar aquí —negaste con la cabeza brevemente—. A no ser que sea usted la que no quiera hacerlo. En ese caso, todo cambia.

—Estaría contemplándolos todos los días. Aunque tuviera que hacerlo desde la distancia.

—¿Puedo preguntar su nombre?

—Amy y, por favor, tutéeme.

—Lo mismo te digo Amy. Me llamo Patrick —te sonreí—. Bueno, Amy, tengo que tener la vista

clavada en mi hijo pero, puedo escucharte.

—No creo que quieras que te amargue el día con mis cosas.

—¿Por qué no? Es decir, si lo único que puedo hacer por ti es escucharte, ¿Por qué voy a negarme a hacerlo? A veces viene bien hablar con alguien que este al margen del conflicto.

—Tal vez tengas razón. A decir verdad, no tengo a nadie más con quien pueda hablar de esto — asentí—. ¿Prometes... no mírame mientras lo hago?

—Lo prometo —accedí a tu extraña petición—. Adelante.

Pasaron unos segundos, tras los cuales comenzaste a hablar.

—Teníamos una vida maravillosa, Jeff, Charlie y yo. Nos encantaba disfrutar del tiempo juntos. Jeff es el mejor marido del mundo y Charlie es el niño más bueno que se puede pedir. Cada noche Charlie nos pedía que le leyéramos un poco de su libro favorito —“El paraíso de los libros perdidos”, se llamaba—, y nosotros lo hacíamos, satisfechos de que nuestro hijo fuera amante de la palabra escrita. Éramos tan felices. Pero, les fallé. Hace un año, a causa de un accidente, quedé sorda del oído derecho —te miré.

— Prometiste no mirarme —dijiste, aunque seguías con la vista clavada en tu familia.

—Lo siento —me disculpé—. Continúa.

—La sordera parcial te puede imposibilitar de muchas maneras. Tuve que dejar de conducir, aunque ese fue el menor de mis problemas. Una tarde, Charlie salió al patio trasero mientras yo atendía una llamada de teléfono y... se cayó a la piscina. Solo tiene cuatro años, no sabía nadar. Yo no lo escuché y no pude ayudarlo. Si Jeff no hubiera llegado a tiempo a casa...

—¿Esa es la razón por la que no te permiten acercarte a tu hijo?

—No —respiraste hondo y proseguiste—. Ese incidente me afectó de la peor de las maneras. Me sentí como una mala madre aunque ninguno de ellos me culpó por lo ocurrido. Pero yo sí. A partir de ahí empecé a sufrir ataques de ansiedad. Ya no podía estar a solas con Charlie, así que mi madre pasaba las tardes con nosotros hasta que Jeff llegaba a casa. El psiquiatra que visité me diagnosticó principio de depresión y me recetó unas pastillas que nunca tomé. Las noches que podía dormir, me despertaba presa de la misma pesadilla: Jeff no llegaba a tiempo a casa y yo no era capaz de salvar a Charlie. Me hundí. Cada vez que miraba a mi hijo sentía que no estaba seguro a mi lado. Que cada día que pasaba conmigo estaba a un paso del peligro. Por eso tomé esta decisión, pero ahora... ahora me arrepiento de ello —comenzaste a llorar de nuevo— porque ya no hay forma de invertir el proceso.

—Pero Amy, seguro que habrá algo que puedas hacer.

—No —dijiste en un llanto desconsolado— no hay forma de volver.

—Sé que no nos conocemos, pero si hay algo que pueda hacer para ayudarte, dímelo Lo haré.

—Diles que les quiero y que nunca pretendí hacerles daño. Cuando decidí marcharme no me despedí de ellos.

—No tendrás que hacerlo Amy, te ayudaré para que puedas volver con tu familia.

—Patrick —dijiste— ya no hay nada que se pueda hacer. Pero gracias.

—No me las des, no he hecho nada.

—Has hecho mucho más que nada. Me has escuchado.

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo.

—No, cualquiera no —pusiste tu mano en mi hombro—. Porque tú has sido la única persona que ha podido verme desde que me suicidé hace dos meses.

—¿Qué?

Me giré para mirarte al mismo tiempo que la presión de tu mano en mi hombro cedía, pero ya

no estabas. Habías desaparecido.

AUSENCIAS

Nada en ese día anunciaba que fuera a ser diferente. Nada. Pero lo fue. Ese día ella me enseñó que cualquier cosa era posible. Me concedió algo con lo que todos soñamos alguna vez en la vida. Algo que, con suerte, ocurre en sueños. Y digo con suerte porque, de poderlos manipular, recrearíamos representaciones oníricas de situaciones que desearíamos vivir pero que, por una u otra razón, no ocurren.

Pero esto, esto era absolutamente impensable. Estas cosas no pasan, ¿verdad? Pues pasó. Pasó y no fue un sueño. Fue real, lo viví y por eso le estaré infinitamente agradecida.

Llegué al trabajo como cada día, con tiempo suficiente para tomarme un café y adelantar varios capítulos del libro en el que estaba sumergida en aquel momento.

No recuerdo cuántas horas habían pasado de mi jornada laboral. Había tenido que ir al almacén a por algo que, ahora, tampoco recuerdo. Cualquier acción previa al acontecimiento había sido relegada al olvido.

Abrí la puerta por la que se accedía a la tienda desde el almacén, y cuando la vi, me quedé paralizada. Nana, mi compañera, se posicionó a mi lado, sin hablar. Los ojos comenzaron a picarme, las lágrimas pugnaban por salir de su guarida, por dejarse ver, por calmar un poco la ansiedad que sentía en el pecho.

—Nana —susurré con la voz a punto de romperse—. Esa... esa es mi madre. Dios mío —me puse la mano en la boca para sofocar un sollozo.

Intenté avanzar hacia ella pero Nana me sujetó del brazo.

—Espera, Laura.

—Estoy soñando, ¿verdad? —pregunté, segura de ello.

—No, no estás soñando.

La miré, con la boca y los ojos muy abiertos.

—Pero esto no puede ser, Nana. Mi madre falleció hace diez años.

—Escúchame. Esto es real, pero...

—¿Es ella? —murmuré presa ya del llanto—. ¿Es mi madre?

Nana volvió a agarrarme del brazo, impidiendo que fuera donde mi madre se encontraba.

—Nana, suéltame. Mi madre está ahí.

—Hay algo que tienes que saber antes —la miré sin entender por qué no me dejaba ir con ella—. Ella no sabe quién eres.

—¿Qué?

—Era la única forma de que pudieras verla. Puedes hablar con ella pero no te reconocerá. Lo siento, Laura.

El aire que entraba en mis pulmones en ese momento se tornó más denso. Abrí la boca intentando coger más aire y el llanto se dejó oír de entre mis labios. Caminé hacia atrás y la puerta del almacén se cerró.

—Pero, ¿tú como sabes todo eso? —dije pegada a la pared— ¿Quién eres?

—Soy un ángel.

Abrí los ojos como platos y la miré. Nana ahora vestía una túnica blanca y dos alas blancas se

extendían en su espalda.

—¿Por qué me haces esto, Nana? ¡¿Por qué me haces esto?!

Sentí ganas de vomitar. Me incliné hacia delante pero no pasó nada, aunque las arcadas continuaban.

—Laura, dijiste que aceptarías cualquier condición con tal de volver a verla, me lo dijiste. Que te conformarías con verla de lejos si era la única forma.

Lo recordaba, había tenido esa conversación con Nana hacía varios días.

—Me acerqué a ti esperando que te abrieras lo suficiente, que me lo contaras y ver qué estabas dispuesta a dar con tal de verlas.

—¿Verlas?

—Echa un vistazo.

Nana abrió la puerta y allí, junto a mi madre, se encontraba mi hermana. Otro de los pilares de mi vida que me dejó hace más de cinco años.

Nana volvió a dejar que la puerta se cerrara. Me senté en lo alto de la escalera que llevaba al almacén.

—Laura —susurró Nana poniendo una mano en mi hombro—. Tienes que salir.

—¿Salir a dónde?

—¿No quieres hablar con ellas?

—¿Qué? ¿Puedo hablar con ellas?

—Sí, pero debes recordar que ellas no saben quién eres. Y no puedes decírselo.

Podía hablar con ellas, podía volver a escuchar sus voces.

Me levanté. Nana abrió la puerta y ahí estaban, en el mismo sitio, dando vueltas por la sección de hogar de la tienda donde trabajaba y aún trabajo. Di un paso al frente pero volvió a faltarme el aire.

—No puedo —sorbí por la nariz mientras lloraba—. No puedo, Nana, no puedo.

—Laura —me dio la vuelta hasta ponerme frente a ella—. Solo tendrás esta oportunidad, no se repetirá. ¿Podrás perdonarte dejarla escapar?

—¿Cómo voy a hablar con dos de las personas más importantes de mi vida y hacer como si nos las conociera, Nana? —me lamenté.

—Solo tendrás esta ocasión para hacerlo.

—Me gustaría decirles tantas cosas. Se fueron de repente, no pude despedirme.

—Hazlo ahora —la miré sin entenderla—. Puedes hacerlo utilizando las palabras correctas. Decirlo sin decirlo.

—Decirlo sin decirlo —repetí en un susurro.

Respiré hondo varias veces y me dije que podía hacerlo. No tendría otra oportunidad. Era un ahora o nunca.

Abrí la puerta. Ahí seguían, esperando por mí sin saberlo.

Fue doloroso, tenerlas cerca y no poder abrazarlas ni decirles cuanto las echaba y las echo de menos. No poder decirles que las quiero y la falta que me hacen desde que se fueron. No poder despedirme. Pero podría hacerlo... sin decirlo. Podría...

Salí. Caminé hacia ellas y a cada paso que daba sentía que me ahogaba. Volví a respirar hondo intentando aflojar la presión que sentía en el pecho.

Tenían el mismo aspecto que cuando se fueron. Mi madre seguía aparentando cincuenta y tres años y mi hermana treinta y tres.

—Hola —conseguí decir con un hilo de voz.

—Hola.

Su voz, la voz de mi madre, saludándome sonriente. Respira, Laura.

—¿Puedo ayudaros?

Me reprendí mentalmente por esa pregunta. Estaba en mi trabajo, cierto, pero así no iba a conseguir decir todo lo que tenía que decirles, sin hacerlo.

Respiré hondo.

—¿Sois madre e hija, verdad?

Les dije, señalándolas a las dos.

—Sí —dijeron ambas al unísono, sonriendo.

—Se nota, te pareces mucho a ella —le dije a mi hermana.

—Sí, yo quizás soy la que más se parece a ella, mis dos hermanos han sacado rasgos de los dos.

—¿Tus hermanos? —pregunté con la esperanza de que me hablaba de ellos; de mi y de mi hermano.

—Sí, mi hermano mayor y mi hermana pequeña. Ella tendrá más o menos tu edad —tras decir esto se miraron—. Te parece mucho a ella.

Esa confesión me hizo temblar el labio inferior.

—¿Ah, sí?

—Sí. Ella ahora está lejos, hace muchos años que no la vemos, ni a mi hermano ni a mi padre. Cosas de la vida. Los extrañamos, pero entendemos que la vida es así.

—Bueno, yo siempre digo que la distancia no hace imposible un sentimiento —había llegado el momento—. Yo también tengo parte de mi familia lejos, muy lejos. Lo que importa es que se les quiere, ¿verdad?

—Claro —respondió mi madre—. Aunque no podamos estar todos juntos, los queremos. Y estamos muy orgullosas de ellos.

Las palabras de mi madre se me clavaron en el corazón. Estaban orgullosas de mí; de nosotros. No sabría explicar lo que esas palabras significaron para mí. A día de hoy, contar esta historia aún me acongoja. Siento como si acabara de vivirla y al mismo tiempo hayan pasado un millón de años. Pero haber tenido la oportunidad de verlas y hablar con ellas una última vez fue un regalo que jamás podré pagarle.

Pero aún quedaba algo muy importante, algo con lo que también he soñado mucho. No tuve la oportunidad de despedirme de ellas. Necesitaba hacerlo. Necesitaba decirles adiós.

Nana me hizo señas por detrás de mi madre y mi hermana. Había llegado el momento. Tenía que dejarlas marchar, otra vez.

—Bueno... —no supe que decir, porque ¿cómo podría despedirme sin hacerlo realmente?—. Espero que todo les vaya bien.

—Nosotras te deseamos lo mismo a ti. Y que vuelvas a ver a tu familia.

No llores, Laura. Aguanta, ya falta poco.

—¿Estás bien? Tienes la nariz roja y los ojos un poco... —habló mi hermana dejando la frase en el aire.

—Sí —sorbí por la nariz—. Solo es alergia —sonreí—. Yo también espero que algún día pueden reencontrarse con vuestra familia. Quién sabe si en otra vida... —me callé.

Ellas me miraron. Cuando asintieron, suspiré tranquila de no haberme extralimitado.

—Adiós...

—Laura —dije rápidamente deseando que dijera mi nombre.

—Adiós, Laura —dijo mi madre.

—Adiós, Laura —repitió mi hermana.

—Adiós —les dije y añadí en voz baja—. Os quiero.

Cuando las vi desaparecer tras las puertas de salida, corrí al almacén y me escondí en uno de los últimos pasillos. Nana me alcanzó. Volvía a aparentar su forma humana.

Me senté en el suelo y lloré. Lloré porque tenía que deshacerme de todas esas lágrimas que no había podido dejar salir delante de ellas. Lloré porque aquello que tantas veces había soñado, se había cumplido, aunque no fuera de la misma manera. Y lloré de agradecimiento hacia Nana, porque ella había sido la que me había proporcionado la oportunidad de decir todo aquello que no pude porque las circunstancias me lo impidieron.

—Laura, ¿estás bien?

Asentí y la miré con los ojos anegados en lágrimas.

—Habría alargado el momento eternamente.

—Lo siento.

—¿Por qué lo sientes? —pregunté, confusa.

—Por no haber podido darte más tiempo con ellas.

—Nana —le dije agarrando su mano—. No hay nada en esta vida con lo que pueda agradecerte lo que has hecho. Ni en diez mil años podría pagártelo.

—¿Eres feliz?

—Sí —respondí—. Mucho.

Y era verdad. Había podido cumplir el deseo de verlas y hablar una última vez con ellas. Mi madre y mi hermana, dos personas que me dejaron demasiado pronto. Dos personas que he necesitado y necesitaré cada día de mi vida. Dos personas de las que por fin había podido despedirme, sin hacerlo. Y no había sido un sueño, había sido real, había sido de verdad.

Ese día, pude comprobar que los sueños se cumplen, que aunque parezcan imposibles pueden convertirse en una realidad palpable. Porque ese día pude decirles adiós, gracias a Nana pude despedirme de ellas, y eso es algo que le agradeceré, todos y cada uno de los días de mi vida.

EL DIA QUE VUELVAS

El día que vuelvas quizás ya no me encuentres, o quizás no encuentres ni un resquicio del amor que un día albergué por ti. El día que vuelvas tal vez me haya marchado o tal vez tu llegada sea el motivo de mi marcha. El día que vuelvas puede que te hayas arrepentido o puede que lo haya hecho yo, quien sabe. El día que vuelvas encontraré una y mil razones para no volver a caer, porque si de algo estoy segura, es de que volverás.

Y ese día no ahogaré mis lágrimas, pero tampoco las dejaré correr. No acallaré mis palabras aunque no tenga nada que decir. No disimularé el dolor en mi mirada aunque lo más doloroso sea volver a mirarte. Y en la soledad de mi habitación dejaré vagar la tristeza que me produce tu vuelta porque, el día que vuelvas, ya habré asumido tu marcha.

Ese día, aquellos lugares en los que nos encontrábamos ya no serán mágicos ni especiales y se convertirán en el frío recuerdo de nuestras noches de verano. Esos lugares que ocupaban un espacio en mi corazón, se irán al lugar más oscuro de mi mente, encerrados bajo llave, junto con tus recuerdos, el día que vuelvas.

El dolor. Ese dolor que me quema desde lo más hondo de mi ser, el día que vuelvas, será atado y amordazado para evitar que tus palabras aviven las llamas y termine ahogándome en un mar de lava y fosilizándome como piedra caliza.

El amor. Ese amor sin límites que un día te profesé, será guardado en el doble fondo de un cajón, olvidándome de su existencia. Ese amor, que acabó con nosotros y nos recompuso, para después romperme en mil pedazos.

La confianza. Esa confianza ciega que había depositado en ti y que un día te llevaste y torturaste sin un ápice de compasión. La que creí, sería lo suficiente fuerte para derribar montañas y acabó sepultada bajo sus propios cimientos.

El día que vuelvas sacaré mis mayores fuerzas, pondré delante el escudo forjado por el fuego que anida en mí. Un caparazón impenetrable, creado a partir de tus falsas promesas e ilusiones. El día que vuelvas, dibujaré mi mejor sonrisa y sobre un improvisado escenario prepararé mi mejor actuación. El día que vuelvas diré adiós a mis miedos y daré la bienvenida a la nueva vida.

Porque, eres todo lo que dejaré marchar, el día que vuelvas.

DESTINO

CINCO

Thriller

LAS DOS CARAS DEL ASESINO

Eran las diez de la noche cuando Ángela salió de trabajar y se encaminó hacia su coche. Sus tacones resonaban en el silencio de aquel oscuro callejón que, como cada noche, tenía que atravesar. Maullidos de gato y chillidos de rata, eran algunos de los sonidos que la acompañaban en el viaje de vuelta a casa.

Pero un ruido tras de sí la hizo girarse violentamente. Chocó con un cuerpo, no mucho más alto que el suyo, al mismo tiempo que algo se le clavaba en el estómago. Bajó la vista y pudo ver el mango de un cuchillo incrustado en su abdomen.

De su boca no salió ningún sonido más que gemidos lastimeros entrecortados. Sintió el sabor de la sangre en la garganta al mismo tiempo que la sombra negra que se cernía sobre ella, sacaba lentamente el cuchillo de su cuerpo provocándole el mayor de los dolores. La sangre comenzó a salir a borbotones e instintivamente intentó taponarse la herida con las manos. El pánico que sentía le impedía gritar. Cayó de rodillas al suelo entre la sangre que ya había formado un charco a sus pies. El cuerpo envuelto en tela negra, que se mantenía oculto tras un pasamontañas y la oscuridad de la noche, se agachó ante ella.

—Por...favor —logró pronunciar Ángela con un hilo de voz.

—Ssshhhh —la mandó callar de manera amenazante poniéndose un dedo en los labios ocultos tras el pasamontañas, solo los ojos estaban al descubierto.

Se levantó y se colocó tras ella que intentó girarse pero, agarrándola fuertemente, se lo impidió. Con una mano le sujetó la frente, exponiendo su garganta y con la otra comenzó a degollarla mientras una voz, que Ángela reconoció, le repetía una frase al oído.

—Te lo mereces por puta.

Ángela se echó las manos a la herida mortal de la garganta. La sombra negra la miraba desde arriba con los ojos brillantes mientras ella se retorció en el suelo. En ese momento se quitó el pasamontañas dejando ver su rostro a lo que Ángela respondió abriendo los ojos desmesuradamente antes de ahogarse en su propia sangre. Lo último que vio fue una sonrisa siniestra y como le decía adiós con dos de sus dedos.

María se encontraba en la terraza de la segunda planta de su casa, fumando como había vuelto a hacer desde hacía tres semanas. Allí, rodeada de fotos, y papeles no se dio cuenta de que Javier, su marido, llevaba rato observándola apoyado en el marco de la puerta.

—María, ¿qué haces? —pronunció Javier consiguiendo sobresaltarla.

—Por Dios, Javier, me has asustado ¿qué haces ahí?

—¿Qué haces? —volvió a preguntar él.

—Buscar alguna pista que nos lleve al asesino de Ángela.

—¿Pero de verdad piensas que vas a encontrar algo? Ni la policía lo ha conseguido.

—Ellos no la conocían, ni sabían de sus amistades, yo sí —contestó resuelta.

—Sigues pensando que fue alguien conocido —afirmó— ¿Cómo puedes siquiera pensar que alguien de nuestro entorno puede haber hecho semejante atrocidad? ¿Por qué no puede haber sido algo aleatorio? Simplemente se encontraba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—¿Cómo puedes hablar así? Era mi hermana, tu cuñada. ¿Es qué no me entiendes?!

María salió de la terraza y de la casa dando tal portazo que los ventanales de la primera planta vibraron ante el impacto. Condujo durante quince minutos aproximadamente y se detuvo justo delante del callejón donde, hacía tres semanas, unos vagabundos habían encontrado el cuerpo sin vida de su hermana después de haber sido brutalmente asesinada. Se había convertido en un ritual, cada tarde iba a aquel lugar apartado de las atestadas calles principales buscando algo, una pista que le desvelara la identidad del asesino de su hermana, porque si de algo estaba segura era que, quien la mató, la conocía y sabía que aquella noche ella se encontraría en el lugar. La policía había peinado la zona pero no habían encontrado nada, sin embargo, María no se daba por vencida. Paseó por el callejón mirando hacia todos lados, inspeccionando cualquier rincón.

—Tiene que haber algo que se les pasara por alto —decía a la vez que seguía examinando la zona.

Cuando llevaba una hora buscando, sin éxito, cualquier prueba, desistió y decidió dejarlo hasta el día siguiente, en el que volvería a intentarlo.

Durante la cena María estaba ausente, su cuerpo estaba allí pero su mente seguía en aquel callejón y en el arsenal de fotos y demás papeles que para ella constituían una buena base donde moverse para encontrar pistas. El asesino de su hermana pagaría por lo que había hecho. Fuera quien fuese y estuviera donde estuviese, ella lo encontraría.

Al día siguiente Javier se había ido de pesca con su cuñado. Antes de marcharse, María vio como cerraba con llave la puerta de su despacho, le extrañó ya que nunca lo hacía. Pensó que quizás podía tener una amante así que se alegró de tener una llave de repuesto que, por supuesto, Javier no sabía que existía.

Esperó un tiempo prudencial y abrió la puerta de despacho. Todo parecía en orden. “Entonces ¿por qué cierra?” pensó María para sí. Se fijó que el ordenador estaba encendido pero el monitor estaba apagado. Pulsó el botón, deslizó el ratón y la pantalla se iluminó. En la barra de tareas había, minimizada, una ventanita de mensaje emergente que parpadeaba con una luz naranja. La abrió. Era Claudia, la hermana de Javier.

“Te escribo por aquí, que es más seguro” “Cuando esté hecho dame el ok”

María se quedó mirando la pantalla y releendo los mensajes sin entender nada. ¿Por qué Claudia necesitaba comunicarse con su hermano por esa vía? Algo no le cuadraba y estaba empezando a pensar lo peor. Se sentó delante de la pantalla y abrió el correo electrónico de su marido. En la bandeja de entrada tenía varios mensajes de Claudia. Abrió el último, recibido la noche anterior. En él le decía que tuviera cuidado y que lo hiciera todo lo más limpio posible. Al leer eso María se levantó de la silla y comenzó a dar vueltas por la habitación. “¿Qué demonios significa todo esto?” pensó y una idea horrible se le pasó por la cabeza.

—No, no puede ser, no puede ser —se decía negando con la cabeza.

Pero la idea ya estaba tomando forma y sus dedos se movieron solos cuando se volvió a sentar. Buscó algún email de Claudia de tres semanas atrás. Cuando lo abrió, no pudo creer lo que ponía. “Todo ok. Esa puta ya ha pagado por lo que ha hecho”, era lo único que decía el mensaje. María leyó el email hasta que se dio cuenta de que sus sospechas eran ciertas. Ahora todo encajaba. Las salidas de Javier con su hermana a horas intempestivas, las largas charlas desde la línea privada de su despacho, el interés de su marido porque no siguiera investigando el caso de su hermana.

—Han sido ellos —susurró— ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Joder! —exclamó, al tiempo que tiraba la silla al suelo y arrasaba con todo lo que había sobre el escritorio excepto el ordenador.

Salió del despacho en busca del teléfono y marcó un número. Al segundo tono, contestó una voz masculina.

—Márquez —se escuchó la voz de Raimundo, el detective que había llevado el caso de Ángela.

—¡Rai soy María! ¡Ha sido Claudia, ella ha matado a Ángela y Javier es su cómplice!

—María, tranquilízate, ¿Qué estás diciendo?

—¡Han sido ellos Rai, he leído varios de sus emails, tienes que venir, por favor!

—Está bien, tranquila, voy para allá.

Veinte minutos después el detective Márquez llegaba a casa de María. Cuando le abrió la puerta tiró de su brazo y lo arrastró hacia el despacho de Javier. No había querido seguir mirando los correos hasta que él llegara. Continuaron revisando emails. En otro de ellos Claudia le decía a Javier que ambos se la habían pegado y que tenían que pagar. Abrieron otro y María no dio crédito.

—¿Ángela y Eduardo estaban liados? ¡¿Ha matado a mi hermana porque se había liado con su marido?! —gritó colérica.

—María —habló Rai con tono alarmante— ¿Dónde se han ido a pescar Javier y Eduardo? —durante dos segundo no reaccionó— ¡María!

El grito de Raimundo grito la sacó del aturdimiento momentáneo en el que se había sumido y le dio las indicaciones. Rai llamó por radio y pidió refuerzos además de mandar una patrulla a casa de Claudia para detenerla por el asesinato de Ángela. Rai se había negado a que María le acompañara.

—Si no voy con ustedes iré por mi cuenta, pero iré —contestó decidida.

—Está bien, pero no te moverás del coche ¿entendido? —María asintió con la cabeza.

Pusieron rumbo a la zona rocosa de la playa donde se suponía que ellos estarían pescando. María y Rai llegaron al lugar y treinta segundos después lo hicieron las dos patrullas que el detective había pedido por radio. A lo lejos divisaron el coche de Eduardo y entonces lo vieron. Javier arrastraba el cuerpo de su cuñado por el suelo. María se bajó del coche al mismo tiempo que Rai.

—No María, tú te quedas aquí—ordenó él.

—No pienso hacerlo, quiero ver bien de cerca cómo le detienen.

—María...

—No—dijo ésta de manera contundente.

—Está bien—Rai claudicó—pero ponte detrás de mí, puede ir armado.

Avanzaron prudentemente, hasta quedar a unos metros.

—¡Alto policía! —gritó Rai mientras él y cuatro agentes más lo apuntaban con sus armas— ¡Javier levanta las manos y apártate de él!

—Yo... se ha desmayado, intentaba llevarlo al coche —miró detrás de Rai y vio a su mujer— María —espetó con odio.

—Javier, levanta...las manos y aléjate de él.

Javier lo soltó pero en un rápido movimiento sacó una pistola de la parte de atrás de su cintura y se apuntó a la cabeza.

—¡No! —gritó ella.

—No pienso pudrirme en la cárcel —dijo este—. Adiós María.

Pero antes de que pudiera apretar el gatillo, el detective Márquez le disparó en el muslo lo que hizo que se le cayera la pistola. Acto seguido los agentes corrieron a socorrer a Eduardo que solo

se hallaba inconsciente, mientras Rai esposaba a Javier.

—Javier Ruiz queda detenido por el intento de asesinato de Eduardo Álvarez y por el asesinato de Ángela Cózar en calidad de cómplice —dijo y le leyó sus derechos.

—¡María! —gritó Javier.

Ella se acercó a él y le dirigió una mirada de desprecio absoluto.

—Vais a pagar por lo que le habéis hecho a mi hermana —Rai puso en pie a Javier y María le dio tan bofetada que le giró la cara, se dio la vuelta pero antes de dar un paso volvió a girarse—. Y por cierto, quiero el divorcio.

Dicho esto Rai se llevó a rastras a Javier en dirección a la ambulancia que acababa de aparecer. Entre todo el caos María sacó del bolsillo de su pantalón vaquero la foto de Ángela que siempre llevaba consigo.

—Te dije que se haría justicia hermanita, te lo dije. Ya puedes descasar en paz.

PUEDES SEGUIRME EN:

Facebook: Lorena Pérez Nolasco

Twitter: @BloodyLore

Instagram: @bloodyloree